

20



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
" I Z T A C A L A "

LA CARENCIA SUBJETIVA DEL MODELO
CIENTIFICISTA DE LA SALUD EN LAS DOS ÚLTIMAS
DÉCADAS DEL SIGLO XIX
TESIS TEÓRICA

23/4/17

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A :
JUAN ELÍAS CAMPOS GARCÍA
Número de cuenta : 9234463-9

COMISIÓN DICTAMINADORA:
Dr. Sergio López Ramos
Lic. Irma Herrera Obregón
Lic. Arcelia L. Solís Flores





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Un día despiertas,
 estás aquí y ahora,
 es un día hermoso para iniciar tu camino,
 primero lo haces a gatas y después parado sobre tus pies.
 A la vuelta de la Tierra
 te encuentras con seres que caminan junto contigo
 quién sabe a dónde, pero caminan,
 y te topas con muchos más desconocidos
 que también se dirigen hacia algún lugar.
 Una vida entre todas ellas te regala una lección:
 la vida puede vivirse de diferente manera.
 Sientes que el camino elegido no ha sido el equivocado,
 pero sabes que aún falta mucho más por recorrer
 y que sólo debes detenerte para ver lo que has hecho y lo que te falta por hacer.
 La luz se hace color en tus ojos y una sonrisa se desliza a lo largo de tus labios,
 has visto la vida con los ojos del alma y te enamoras de ella
 para que desde tu corazón nazcan las siguientes palabras:

A todos aquellos raros seres de extraña energía
 que compartieron tiempo y espacio conmigo.
 Gracias eternas.

Especialmente a: Mis padres: Aurelio e Isabel. Mis hermanos: Abraham, Rodrigo, María Magdalena, Felipe, Hilario, Martín y Aurelio. Mis cuñadas y cuñado: Noemí, Citlali, Toña, Amparo y Leonardo. Mis sobrinos y sobrinas: Elizabeth, Alejandro, Luis Felipe, Laura Karina, Paola y Francisco Javier. Mis amigos y amigas: Efrén, Beatriz, Baldur (R.I.P.), Gregorio (El fish), Gustavo (La señora), Oswaldo (El oso), Francisco, Cesar (El gordo), Oswaldo, Lillian, Marco, Mónica, Denny, Carmen, Cesar, Paco, Federico, Alejandro, Lessli, Lucía, Reina y Penélope. Mis maestros: Sergio, Arcelia e Irma. La señora María Eugenia, mi padrino y oreja de la experiencia. Mis ilusiones en la vida: Hortensia y Graciela. Y al Metal caído del cielo: Huizar, Blackie Lawless, Luzbel, W.A.S.P., Iron Maiden, Judas Priest, Ratt, Ángeles del Infierno, y Motley Crüe.

"Fly, on your way, like an eagle. Fly and touch the sun".
 Este es el Cristal, cada parte de su cuerpo es para ti,
 puedes opacarlo, puedes lucirlo,
 o puedes dejar que tu luz pase a través de él.
 Los amo a todos.
 Nos veremos siempre.

INDICE

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Capítulo I. La visión cientificista de la salud.	
1.1. En busca de la calidad profesional.....	12
1.2. La ciencia médica.....	16
1.3. El perfil médico.....	20
1.4. Las limitaciones del modelo médico.....	24
1.5. El romanticismo y la medicina.....	29
Capítulo II. La realidad sanitaria en la Capital.	
2.1. Esa enfermedad llamada pobreza.....	36
2.2. La peste.....	45
2.3. El renacimiento del espíritu.....	50
2.4. La insanidad espiritual.....	54
2.5. La ciencia indígena.....	60
2.6. La salud en las vísperas del nuevo siglo.....	64
Conclusión.....	69
Bibliografía.....	81
Hemerografía.....	82

RESUMEN

Hoy día el modelo cientificista de la salud en la sociedad de la Ciudad de México ha entrado en crisis ante la carencia sus diversos métodos de curación; las diversas salas de hospitales, centros de salud, y consultorios privados, están llenas de personas con variadas y complejas patologías, mientras otro número de personas buscan diversas alternativas basadas en concepciones distintas de la vida. Por ello es importante investigar a través de la historia y rastrear el origen de esta problemática, reconstruyendo el pasado con cada uno de los elementos que lo constituyen, para comprender con mejor lógica las condiciones actuales de la salud y plantear perspectivas hacia un futuro más digno para las miles de personas de la Ciudad de México. La investigación nos lleva hacia un viaje de más de 100 años atrás en la añeja sociedad capitalina del Siglo XIX, para reconstruir el pasado fue necesario recopilar información en los periódicos de la época, textos de historia, novelas y textos de corte científico. En los años de 1880 a 1899 el personaje encargado de preservar la salud de los habitantes de la Ciudad de México era el médico, quien gozaba de gran prestigio social por su carácter científico, cruzado por el pensamiento positivista, el romanticismo y la religión católica. El médico formaba parte de la sociedad capitalina que se encontraba inmersa en una falta de identidad nacional, marcadas desigualdades sociales, políticas, económicas, y culturales, y deficiencias alimenticias y educativas; lo que no garantizaba una buena calidad en la salud de las personas. Hoy día, gracias a los avances de la física moderna y la visión de la vida de las antiguas filosofías orientales, comprendemos que la carencia de subjetividad en el modelo médico, desprendido de la concepción mecanicista de la realidad de Comte y la física clásica Newtoniana, es la causante de la crisis que vive el sistema sanitario en los habitantes de la Ciudad de México. Esto nos lleva necesariamente a una revaloración de la vida y una nueva resignificación de la salud, donde los profesionales de la salud, entre ellos los psicólogos, reflexionemos en nuestros viejos esquemas de entender la vida propia y la del otro, en busca de alternativas enriquecidas o nuevas, para elevar la calidad de vida, y la calidad de salud.

INTRODUCCION

El sistema sanitario en la sociedad de la Ciudad de México del nuevo milenio vive una alarmante crisis, por dondequiera nos llega información de las quejas por la falta de calidad en su servicio, las carencias de sus métodos de curación, ante las nuevas y complejas patologías, vemos las salas de consultorios privados y públicos con enormes filas de personas solicitando sus servicios y un número considerable de ellas probando métodos alternativos de curación basados en concepciones del mundo totalmente diferentes, especialmente las suscitadas en antiguas filosofías orientales.

Ante la inevitable crisis del sistema sanitario en la actual sociedad, cabe preguntarse hoy día ¿cuál es el papel a desempeñar de los profesionales dedicados a la salud? Una visión interdisciplinaria parece no ser suficiente ante las caóticas demandas de la población, la atención especializada rompe con la visión integral del ser humano al fragmentarlo más finamente para después tratar de reensamblar las piezas de la maquinaria. Además el propio monopolio científico a dejado sentir las carencias de su visión determinista y causal de la salud, el aspecto dinámico atribuida hoy día a la salud, pone en serios aprietos a los métodos de curación empleados durante más de un siglo por los científicos sanitarios¹.

A la luz de los nuevos descubrimientos teóricos de la física moderna², donde los hechos han dejado de concebirse como externos e inmutables, para pasar a ser entendidos como procesos en constante movimiento; se están abriendo una gama de posibilidades para entender con mejor lógica la situación presente de la salud. Si la salud es entendida como un proceso histórico, entonces, se puede reconstruir el pasado para rastrear las condiciones que dieron lugar a la crisis por la cual el sistema sanitario esta atravesando y su relación con la calidad de vida de los demandantes de su servicio.

La salud entendida como un proceso constructivo nos permite navegar a lo largo del mar de historias para entender los problemas actuales del sistema sanitario; además nos amplía el panorama para proponer alternativas que enriquezcan el modelo de la salud y la enfermedad,

¹ Dossey, Larry. *Tiempo, Espacio y Medicina. Kairos*. Barcelona. 1986.

² Para tener un panorama amplio en el tema puede consultarse a Hawking, Stephen. *Historia del tiempo*. Planeta - De Agostini. Barcelona. 1992.

o en caso contrario lo desechen, y se construya un nuevo modelo, con la finalidad de solucionar las demandas cada vez más complejas de la población.

En este sentido, la manera de investigar un acontecimiento histórico es fundamental, el enfoque simplista donde los hechos hablan por sí mismos parece ridícula, una mejor opción es la historia social, con ella se puede viajar en el tiempo y rastrear de forma integral los diversos factores involucrados en el proceso de construcción de los acontecimientos. Al proporcionarnos las relaciones inseparables entre los acontecimientos históricos, se evitan sesgos de información relevantes permitiendo comprender con más certeza el desarrollo histórico del evento³.

Esto nos lleva necesariamente a regresar más de 100 años atrás, hacia las últimas dos décadas del Siglo XIX en la añeja sociedad capitalina de la Ciudad de México. Porque es en los años de 1880 a 1899 donde se tuvieron con mayor ímpetu las discusiones en relación a los problemas sanitarios en la población y en la Capital mexicana. Discusiones sobre la calidad del servicio sanitario, las leyes y políticas sanitarias, y los avances en la Higiene y en la salud de la población.

El concepto de salud usado en la sociedad capitalina de la época estaba influido por la división cartesiana del hombre y matizado por el pensamiento positivista, donde la salud era reducida a un buen funcionamiento de la maquinaria orgánica y su ausencia como un mal funcionamiento de la misma⁴, atribuido a dos factores externos: la higiene y las miasmas, que gracias a los descubrimientos de Pasteur, serían llamadas bacterias.

La ilusoria modernización del país en comunicaciones, transporte, comercio, economía, política, educación y sanidad, en una carrera por alcanzar el nivel de vida de las naciones europeas y del vecino del norte, pusieron en la mira la necesidad de tener una Capital digna de ser llamada de primer mundo, lo cual hacen ver aquellos avances como un toque de moda⁵. Además en un país controlado por la moral católica, la salud se veía envuelta entre dos francos, por un lado las causas externas del ambiente quienes acababan con ella, por el otro, la divinidad celestial, ahora también la salud dependía del poder divino de Dios.

El estilo de vida adoptado por la sociedad mexicana de la época la llevó hacia el final

³ López Ramos, Sergio. (Coordinador). *Historia de la Psicología en México*. CEAPAC. México. 1995.

⁴ López Sánchez, Oliva. *Enfermas, Mentirosas y Temperamentales*. CEAPAC / Plaza y Valdés. 1998.

⁵ González Navarro, Moisés. *Sociedad y Cultura en el porfiriato*. CONACULTA. México. 1994.

trágico del romanticismo; ideología donde las emociones se vestían por esa extraña forma de alcanzar la felicidad a través del sufrimiento, reflejada en los altos índices de suicidios, sobre todo, en la joven población femenina.

Si ha esto se le agrega la falta de identidad nacional, la pobreza y la ausencia de educación en la mayor parte de la población, las pésimas condiciones de trabajo y vivienda, la sobreexplotación en el rendimiento laboral, la alimentación carente de nutrientes, la negación hacia la extraña descendencia indígena y el exterminio de las razas, la corrupción de los funcionarios y la transmutación de la ley en letra muerta⁶, el asunto se complicaba demasiado. ¿Cómo podían dar resultado las políticas sanitarias en una sociedad con éstos matices?, donde lo último en que podían pensar era en su salud, por carencia de tiempo para hacerlo, o por no saber lo que era eso realmente, sin ninguna posibilidad de calidad en su vida.

Las discusiones en cuanto a quienes debían ser los encargados de la atención sanitaria se veían envueltas por intereses ajenos a la salud. Bajo éstas circunstancias el papel del médico, como principal agente en contra de las enfermedades, estaba viciado por el orgullo cientificista, la moral católica, la tragedia romántica y la ambición. La salud se convirtió en el campo de batalla por ganar una guerra en donde no existía calidad de vida, dejando su lugar al enriquecimiento, al poder y al mecanismo de control ejercido por los médicos⁷.

El médico como profesional primordial, encargado por velar la salud de los ciudadanos, se convierte en un viable personaje para reconstruir la historia, éste sirve como pretexto para entender el pensamiento científico, la formación moral y religiosa, la ausencia de identidad nacional, la desigualdad social y económica, la cultura nacida del encontronazo del viejo continente y el nuevo, la deficiente alimentación, el martirio emocional, la pésima calidad de vida en los ciudadanos de la Capital, la forma particular de concebir la salud, y la forma individual de apropiarse de la vida.

La investigación histórica se llevó a cabo tomando la información de la fuente más directa posible, recurriendo a la información contenida en los periódicos de la época seleccionada particularmente, como *El Boletín de Noticias*, *La Iberia*, *El Monitor Republicano*, *La Republica*, *El Ciudadano*, *El Diario del Hogar*, *La Guía del Viajero*, *El Municipio Libre*, *El Avisador Comercial*, *El Ferrocarrilero*, *El Partido Liberal*, *El Demócrata*, *El Grito de la*

⁶ González, Navarro, Moisés. *La pobreza en México*. El Colegio de México. México. 1985.

⁷ López Sánchez, Oliva. op. cit.

libertad y El Nacional. Se visitaron los archivos de la Hemeroteca, extrayendo la información sobre los temas de higiene, las políticas sanitarias, el servicio profesional, y las funciones de las autoridades sanitarias. Se utilizaron libros de textos de tipo histórico para recabar toda la información relacionado con las condiciones políticas, económicas, sociales, religiosas, morales y culturales de la época, dando un panorama global de la problemática a estudiar. También se recurrieron a novelas para indagar en el pensamiento romántico vivido en la época en contra del pensamiento positivista. Además se consultaron libros de texto relacionados con el tema de la problemática del modelo cientificista de la salud.

El material recabado fue fichado, agrupándolo en varios temas, los cuales fueron reagrupados para dar cuerpo a los dos capítulos en que consiste el trabajo. En el primero de ellos se relata la calidad en el servicio profesional, las discusiones por darle un carácter cientificista a la salud, el perfil del médico, el origen teórico de sus métodos de curación, las concepciones de salud y de enfermedad, el papel del médico en la conservación de la salud, la influencia de los pensamientos positivistas y románticos, y la moral católica en la salud de los ciudadanos. En el segundo capítulo se da una visión de las condiciones higiénicas de la Capital, las políticas sanitarias, las irregularidades de las leyes sanitarias, el mal desempeño de las autoridades sanitarias, el papel de la ciencia indígena y sus métodos de curación, y la perspectiva hacia el futuro de la salud y la ciencia médica. Todo ello cruzado por una leve descripción de las condiciones sociales, políticas y económicas del país durante el porfiriato.

Se recurrió a la fuente más directa para evitar, en lo más posible, juicios hechos por los autores, además se respetó el lenguaje de la época; esto se hizo para tener una visión más cerca de la vida en la sociedad durante las dos últimas décadas del Siglo XIX en la Capital. Se consultaron textos más recientes donde se aborde la problemática de la salud, para tener un punto de comparación y ver si de aquella fecha hasta nuestros días hay un cambio en la forma de concebir la salud, un cambio en los métodos de curación, un cambio en la calidad del servicio, y un cambio en la salud de los ciudadanos de la Ciudad de México.

El objetivo del presente trabajo es realizar una investigación histórica que nos de una visión de las condiciones del sistema sanitario en la sociedad de la Ciudad de México en los años de 1880 a 1899, esto nos permitirá entender la crisis del sistema sanitario en la sociedad contemporánea de la Capital; crisis basada en una errónea concepción científica del mundo, y reflejada en una pésima calidad de vida de la población, para quienes la salud parece

abandonarlos aún más, si ésta es entendida, basados en los principios de la física moderna, como un proceso constructivo.

La salud se ve afectada por la forma particular de las personas por apropiarse de las condiciones ambientales, sociales, económicas, culturales, religiosas, morales, emocionales, filosóficas y de hábitos alimenticios, plasmadas en el cuerpo, como una enfermedad orgánica o un trastorno psicológico.

Hoy día la crisis del sistema sanitario sólo es un reflejo de la equivocada concepción de la vida, originado por el pensamiento cartesiano y comprobada por las leyes de Newton⁸. Las nuevas alternativas para la curación, sustentadas por los nuevos descubrimientos de la física moderna, abren nuevas perspectivas para una resignificación de la salud y una nueva revaloración de la vida; los encargados de la salud, entre ellos los psicólogos, tenemos la elección de seguir errando el camino, por nuestra necia obstinación y ceguera racional, o enriquecer los métodos alternativos de curación, o porque no, crear otros, basados en los antiguos, todo aquello en pro de una verdadera calidad de vida para los ciudadanos de esta Capital.

Porque la salud, al igual que la enfermedad, están relacionadas en un mismo proceso constructivo, en donde la persona tiene la oportunidad de elegir cómo quiere vivir, cómo quiere morir, de qué quiere enfermarse y cuál es la mejor manera de estar sano. Donde la vieja problemática de cuerpo y alma se ve reconciliada al desmaterializar la materia, y comprender que no hay tal división, sino todo lo contrario, alma y cuerpo son uno⁹; el desarrollo psicológico va de la mano del desarrollo orgánico, involucrados entre sí en un constante devenir.

La salud en estos términos refleja en el cuerpo la forma particular de las personas por apropiarse de la vida, de relacionarse con los otros, de respetar la naturaleza, de dejarse ser, de compartirse con los demás, de alimentarse, de sentir las emociones, y de armonizarse con el cosmos, la salud vivida como una actitud ante la vida.

Esto nos lleva a comprender la forma particular en la cual las personas de la Ciudad de México viven su vida, ¿cómo se la apropian?, ¿cómo la construyen?, ¿qué significado le dan?,

⁸ Dossey, Larry. op. cit.

⁹ Op. cit.

y ¿cómo ello se refleja en el cuerpo y altera su salud?, para crear una gama de alternativas que respondan a su problemática más compleja cada vez, conscientizándolos de que ellos juegan un papel importante en el desarrollo y la conservación de su salud, su enfermedad, su vida y su muerte.

CAPITULO I

LA VISIÓN CIENTIFICISTA DE LA SALUD

1.1. En busca de la calidad profesional.

*La ciencia es el único camino
para comprender el pensamiento
de Dios.*

S. W. Hawking.

Él leyó en *El Avisador Comercial*, el siguiente anuncio:

BOTICA Y DROGUERÍA de Agustín Fernández. Calle de Tacuba números 7 y 8. México. Productos Químicos y farmacéuticos. Exactitud en el despacho de recetas¹.

No pudo evitar las imágenes de la botica que llegaron a su mente, donde su padre lo introdujo al mundo de la salud. En los últimos días de otoño del año de 1870 don Agustín Fernández inauguraba su modesta botica; “el gachupín” como le decían sus amigos, llevaba en la piel las dolorosas huellas del exilio, tenía la nostalgia en la sangre por el viejo continente que nunca había visto. Desde recién nacido sus padres abandonaron Sevilla, con la ilusión de colonizar estas tierras ricas en: cultura, recursos naturales, buena atmósfera y marcada desigualdad social. Don Agustín vivía con la duda en el alma de saberse mexicano; sin tener ni sentir una identidad nacional, voltear al pasado y no ver ancestros en ese lugar tan ajeno a su identidad al cual llamaba hogar.

El señor Agustín poseía una inteligencia, una astucia, y una vena poética: con versos inconclusos, que solía recitar en reuniones familiares. Cualidades que le permitieron ser una persona sociable y negociadora, lo que le facilitó montar su botica. Don Agustín se pasaba todo el día entre mezclas de sustancias con nombres rarísimos, bismuto, morfina, cloroformo, mercurio, ... parecía tener algunas nociones de química, lo justificaba la manera de acariciarse el nutrido bigote al presenciar una reacción en un matraz de cristal, percibiendo la escapatoria por su delgado cuello de los diferentes vapores acompañados por sus singulares olores. Solía usar lentes para no perder algún detalle al momento de realizar sus mezclas que en ocasiones le sorprendían, molía durante varios minutos sustancias en un mortero blanco de

¹ Boticas y Droguerías. en *El Avisador Comercial*. 1889. p. 3. El verdadero nombre del propietario era José Evaristo Bustillos.

porcelana, agregándolas en un tubo de ensaye delgado de unos 10 centímetros de largo, que era calentado por un mechero de alcohol. Todas estas actividades eran llevadas a cabo en un cuarto adyacente a la botica, de donde sobre su puerta colgaba un letrero con letras grandes y anchas: “PROHIBIDO EL PASO, NO MOLESTAR”.

Fue ahí donde Alberto, su único hijo, adquirió las primeras nociones de química, las cuales lo llevarían a estudiar más adelante la carrera de médico en la Escuela de Medicina. Todas las tardes el señor Agustín le daba lecciones de cómo debían ser mezcladas las sustancias, la cantidad apropiada del elemento activo, agente fundamental contra las enfermedades, y las sustancias complementarias.

Durante los primeros años de la botica, “el gachupín” fue una persona honesta y responsable, era ejemplar en sus preparaciones y tenía el reconocimiento de sus colegas. La salud era su prioridad en su trabajo y se pasaba noches enteras inventando nuevas mezclas para el beneficio de las personas que llegaban a pedir su servicio. Las cualidades de honradez y responsabilidad fueron las únicas que heredó su primogénito: Albero.

A la vuelta de la Tierra la soledad y la riqueza lo sedujeron, aquel concepto de salud, sustentado por una lucha sin cuartel en contra de las bacterias: los seres invisibles transportados por el viento, para reestablecer la armonía del organismo, quedó en los vestigios de la memoria, ocultada por una densa neblina de ambición y avaricia. Poco a poco las sustancias medicinales perdían su calidad, en ocasiones se rebajaban las mezclas y en otras se cambiaban los elementos por otros, que en el mejor de los casos guardaban una o dos propiedades relacionadas con las originales.

La calidad de los medicamentos era un tema nuevo en ese entonces y pocas personas ponían la debida atención a dicho tema, y cuando lo hacían era para defender su postura profesional o para ganar terreno en el mercado, usando el tema como una forma de desprestigio, más que un interés real en la salud. Los farmacéuticos fueron los que utilizaron la calidad de los medicamentos como pretextos para desplazar a los boticarios, drogueros, tlalpaleros, homeópatas, los vendedores de remedios secretos... que sin ningún rudimento de la ciencia confeccionaban y despachaban medicinas... con gran riesgo de la vida de los consumidores, sin exigirles a ninguno de ellos estudios, títulos, ni ningún género de

responsabilidad².

Ante la actitud deshonesto de su padre, Alberto entró en crisis, el modelo a seguir que le significaba su padre se derrumbaba, arrasando con la más mínima señal de vida. Varias veces el joven cuestionaba la integridad de su padre en un afán por rescatarlo del camino cruel e inhumano donde transitaba, sin resultado alguno:

— *Padre, ¿crees que es justo lo que haces, no sólo para ti, sino también para las personas que sabe Dios que dificultades han de pasar para juntar el dinero con el cual pagan las medicinas, han de regresar a sus casas, esos focos de infección, esos hogares olvidados por las leyes, con la esperanza de sanar a la mañana siguiente, listos para emprender de nuevo su lucha por sobrevivir, pues en ese ambiente tan lamentable, no puede decirse que reamudan su vida? —.*

Don Agustín dibujaba una descarada sonrisa a lo largo de sus labios, tratando de ocultar la vergüenza, pero desde su interior, una extraña sensación brotaba entre sus órganos escapándose a través de los poros de su piel y vertiendo en el joven ser de su hijo un clima de deshonor, crueldad y miseria, para acabar con una mirada fría y penetrante, capaz de congelar cualquier desplazamiento atómico, contestabale:

— *Sí, no es justo, ni para ellos ni para mí, pero la vida es así, lo dicen las leyes naturales, sólo el ser más apto y capaz puede garantizar su sobrevivencia en este mundo, el fuerte permanece, el débil perece. Sí, es injusto, sobre todo en el ambiente que tú mismo has descrito, en las porquerías que son las calles, con desperdicios de basura, restos de heces humanas, cadáveres de animales, olores apestosos debido a la descomposición orgánica de los cementerios, atarjeas y letrinas, con la contaminación del agua por las pequeñas fabricas, el azufre de las tocinerías y carnicerías³. Te doy toda la razón y por eso espero que la conciencia que ahora me cuestiona te lleve a actuar conforme a el ambiente en donde vives, es bueno tener sueños y esperanzas en el futuro, pero hijo mío, la realidad es otra cosa; ¿crees qué podíamos seguir nuestra vida modesta y con pocos lujos siendo justos, crees que podría pagar tus estudios y llegarías a estudiar medicina?, pues no, en estos momentos no estaríamos discutiendo este asunto, desde*

² Los Farmacéuticos. en *La Iberia*. 4 de agosto de 1874. p. 3

³ José María Reyes. Revista Sanitaria de la Capital. Constitución Médica. en *Gaceta Médica*. 15 de marzo de 1875. pag. 115.

hace tiempo que ya te hubieras ido, cansado por la mala vida que padeceríamos. No hijo la vida es dura, sobre todo en esta Capital, donde no hay honor, justicia, libertad ni paz ---.

Los ojos del joven se cristalizaron al escuchar la realidad triste y dura encarnada en las palabras de su padre, un asco le retorció el estómago esparciéndose hacia su hígado quien no se cansaba de segregar cantidades grandes de coraje e impotencia, los riñones se le llenaban de miedo hacia un futuro incierto y desolado, chupándole gota a gota el agua bebida, un leve suspiro escapábasele de sus pulmones, y el latir de su corazón hacía circular a lo largo de sus venas una combinación letal de tristeza y dolor.

Después de ese pequeño lapso de su vida, una nueva duda abrigaba su ser, ¿qué le pasaría a las personas al ingerir la medicina adulterada? Su padre reconfortaba a Alberto, diciéndole: --- *No te preocupes, en el peor de los casos no pasará de un envenenamiento, si es así, mejor para nosotros, volverán por una cura y siempre tendremos clientela; ahora por otro lado, puede pasar que la medicina adulterada ayude un poco a calmar el dolor, y con ello, hacerlos regresar a comprar más medicina, de cualquier forma, los mejores beneficiados seremos nosotros ---.*

Alberto no podía dar crédito a tales palabras, aquel ser sin ningún gesto o emoción humana, no podría ser su padre, el mundo no podía ser regido por la selección natural, ese pensamiento era un error, él no lo entendía, sería que su cerebro joven no le daba para más, o podía haber otra visión del mundo. Eso lo averiguaría tiempo después, cuando se enteró de la fuerte discusión por la reglamentación del artículo 3º de la Constitución Mexicana, en cuanto a la libre enseñanza y manifestación del saber, y la limitación de algunas profesiones para ejercerlas, garantizando de esta forma la calidad del servicio profesional⁴.

⁴ El Concurso científico. 1895.

1.2. La ciencia médica.

*Soy asesino de la naturaleza,
la ciencia es mi calamidad,
la demagogia es mi riqueza,
Judas Izcariote soy de la
humanidad.*

A. HUIZAR .

Los hombres de ciencia de la Capital Mexicana luchaban contra la religión católica, argumentaban que la religión era una de las causas principales del atraso y las condiciones precarias de la población. Los científicos mexicanos proponían una estricta planeación para encaminar la vida a la altura de las naciones ejemplares del mundo (Francia, en Europa, y Estados Unidos, en América), empezando por educar a la población. El único camino para alcanzar la modernidad era el regido por el pensamiento científicista basado en dos principios; el primero era la visión cartesiana del mundo, una realidad percibida en pedazos, semejante a una maquina, y la segunda, la explicación positivista de Comte, traída a México por Gabino Barreda, y su explicación causal de los hechos¹. Este proyecto puso énfasis en la educación y las profesiones serias, como la medicina, quien rápidamente ganaba un lugar privilegiado dentro de las disciplinas científicas, pues la medicina era vista como la profesión primordial en el campo de la salud.

Varios médicos apelaban al carácter científico de la medicina, cuyo conocimiento era producto de grandes dotes intelectuales alcanzados por gran saber y ejercicio continuo, tras largos años dedicados en constante estudio y aplicación correctamente de reglas; descalificando así todo aquel conocimiento carente de objetividad y sin basarse en un método riguroso, por lo que lo empírico era sólo arte y no ciencia². Basados en éste argumento promovieron una ley que reglamentara el artículo 3º, para exigir un comprobante o título a las personas dedicadas a la medicina.

Las opiniones en contra de la iniciativa de ley para reglamentar el artículo 3º de la constitución no se hicieron esperar, varios argumentaban la ilegitimidad de su reglamentación,

¹ López Sánchez, Oliva. *Enfermas, Mentirosas y Temperamentales*. CEAPAC / Plaza y Valdés. México. 1998 y González Navarro, Moisés. *Sociedad y Cultura en el porfiriato*. CONACULTA. México. 1994.

² El Concurso Científico. 1895

pues decían era un atentado contra la libertad; al derecho de todo hombre a desempeñar el trabajo de acuerdo a sus dones e inteligencia, y de aquellos quienes soliciten sus servicios basados en la confianza, sin importar la comprobación de sus aptitudes. Porque no dejaría de suceder lo que se estaba verificando, médicos sin título de la Escuela de Medicina, pero titulados por corporaciones científicas particulares muy respetadas, ejercían la medicina homeopática y millares de individuos buscaban sus servicios. Otros que sin tener título de ninguna especie y fiados en sus conocimientos y su práctica, atendían una numerosísima clientela que abrigaba absoluta fe en su pericia³.

Esta disputa abrió nuevos caminos hacia un terreno en donde la salud no se hubiera imaginado inserta, ligada a la higiene y a la enfermedad, la salud perdía la visión del ser humano como unidad; al crearse políticas higiénicas para salvaguardar la calidad sanitaria, y buscar la causa específica para determinada enfermedad; los profesionales de la salud se perdían en el ambiente externo, reduciendo al cuerpo a un insípido accesorio orgánico donde todo aquello se encausaba⁴.

Alberto no estaba muy de acuerdo con el carácter científico de la medicina, sin embargo, no encontraba otra forma para enfrentar las injusticias de gente como su padre. Alberto dedicó su juventud al estudio de la medicina, ingresando a la Escuela de Medicina, al mismo tiempo que decidió abandonar la botica de su padre.

Alberto emprendió su camino por el campo de la salud, poniendo todas sus esperanzas en la medicina, sin imaginar lo arduo de su andar, las seducciones por donde la vida lo probaría; la soberbia, el dinero y el poder le tirarían sus anzuelos, esperando su menor descuido para atraparle en sus redes y perderlo en las tinieblas de la enfermedad, la peste, el hambre y la muerte espiritual, dentro de la llamada ciencia natural.

Todas las mañanas Alberto se levantaba muy temprano, salía a la calle y caminaba por el parque ubicado a espaldas de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Él vivía en una casa de huéspedes, la casa era más o menos grande, contaba con dos pisos; en la casa además de Alberto, vivían dos estudiantes de medicina originarios de los estados circunvecinos a la Capital, Joaquín y Pedro, quienes eran amigos suyos. Los dueños de la casa eran dos viejitos

³ La libertad de profesiones en la cámara de diputados en *La Republica*. México. Año 1. viernes 10 de diciembre de 1880.

⁴ López Sánchez, Oliva. op. cit.

de 50 años, quienes milagrosamente habían sobrepasado el nivel promedio de vida que en aquel entonces era de 32 años. La casa tenía un aspecto humilde, las paredes de ladrillo apenas y se defendían de las inclemencias del tiempo, el techo luchaba por no perder su resistencia a la lluvia, contaba con escasas ventanas debido al elevado impuesto a pagar por ellas, pero eso no impedía el ambiente cálido de ese hogar.

Alberto habitaba dentro de un cuarto pequeño, en su interior se encontraban su cama pegada a la pared, un mueble de pino donde guardaba su ropa, y una mesa junto a la puerta, donde sentado en una silla pasaba horas estudiando; en ocasiones textos de química para mantener actuales sus conocimientos en la preparación de medicinas, y claro, textos de medicina y biología para realizar el diagnóstico y conocer las diversas enfermedades que atacaban a los ciudadanos de la Capital. En un cuartito ubicado en la azotea invertía las tardes en la experimentación de sustancias, como lo solía hacer su padre años atrás. En una especie de mostrador colocaba los frascos con las diferentes mezclas etiquetándolas con un nombre respectivo; el último estante estaba reservado para otra cosa, en él acomodaba curiosos textos llenos de magia que encerraban en sus letras los remedios empíricos que los sabios mexicas extrajeron de las plantas y semillas de la madre tierra.

Sentado varias horas por la noche y ayudado por una vela de parafina, Alberto penetraba en un mundo donde la ciencia tocaba límites; una visión de la vida incomprensible para la honorable razón y sus leyes, reinado por la astrología y la alquimia, regido por una voluntad cósmica, una armonía entre el hombre y el universo, una perfecta paz.

Tal parece que la visión de la vida de Alberto comenzaba a dar resultado, las pocas personas dudosas y temerosas que se acercaban a él, encontraban alivio a sus dolores y malestares, y también por un momento, podían descargar sus angustias y sus penas, encontrando consuelo en sus palabras con alma. Nunca faltaban las discusiones con sus colegas educandos en medio de la sopa de ajos, huevos con tomate y bacalao⁵ que doña Valeriano solía cocinarles. Las discusiones siempre eran las mismas, el empirismo basado en la ignorancia y el azar, contra la ciencia sustentada en la razón incansable e investigadora de las leyes gobernantes de la naturaleza para su explicación.

Alberto no entendía esa atadura al mundo espiritual de los mexicas, ¿por qué defender esa

⁵ Gamboa, Federico. *Santa*. Grijalbo. México. 1979.

ciencia y creer en sus métodos de curación?, era un extraño sentir estremeciéndole todo su cuerpo y algo más.

1.3. El perfil médico.

El arte de curar no está en la razón, sino en la bondad, la humildad y la compasión.

Habían pasado varios otoños, y por fin Alberto fue acreditado por un grupo de médicos a quienes podía llamarles colegas, listo para asumir el responsable modelo de vida del médico tan respetable y venerado. Al médico se le atribuía un estigma relacionado a dioses, hombre sabio, recto y justo, capacitado para decidir la vida del enfermo, cuyo precio a pagar era la pérdida de su humanidad. El hombre era ocultado por la imagen del médico, a tal grado, que bajo el pretexto sanitario se introducía en la vida personal, capaz de controlarla a su antojo, como una especie de regulador social, dictador de las buenas y saludables conductas, representando una garantía para mantener el orden biológico, social y moral¹.

Alberto comenzó a notar algunas cosas raras, pues a pesar del pensamiento científicista, las descripciones patológicas estaban impregnadas por un lenguaje religioso, subjetivo, y exagerados juicios de valor².

Muy pronto Alberto encontró trabajo en el Hospital San Andrés. Puntual como todos los días comenzaba su recorrido por el hospital. Las dos salas de cirugía interna, el cuarto de medicina interna, las concurridas salas de tubérculos y sífilíticos; sólo podía echar un pequeño vistazo a la sección dedicada para mujeres, de la cual a oídas sabía que contaba con una sala de cirugía general, con sección de ginecología, y dos de medicina interna y una de tubérculas. Hasta llegar a la sala anexa del hospital dedicada para consultas gratuitas, donde junto a tres médicos, atendían un promedio de 80 pacientes diarios, por un sueldo de 25 pesos mensuales... las recetas eran gratuitas y algunas veces también las vendas y los aparatos sencillos³.

El cuarto de la azotea poco a poco perdía la presencia de Alberto, las mezclas y los utensilios de trabajo se empolvaban, y los textos mágicos guardaban sus secretos entre

¹ López Sánchez, Oliva. *Enfermas, Mentirosas y Temperamentales*. CEAPAC / Plaza y Valdés. México. 1998.

² *Opcit.*

³ Gonzáles Navarro, Moisés. *La pobreza en México*. El Colegio de México. México. 1985.

telarañas y olvido. Él ponía cuerpo y alma a su desempeño en el hospital, los días se le hacían largos y las noches cortas, y en una de aquellas noches, sumergido en un sueño, un sonido le hizo abrir los ojos.

“Toc, toc”, --- *¿se puede?* --- dijo una suave voz. Alberto se despertó rápidamente y abrió la puerta. Fue el primer encuentro con ese “ángel caído del cielo”, bueno, esa fue la primera impresión que tuvo al introducirse en esos ojos brillantes de color verde claro, al recorrer la dulce sonrisa a lo largo de ese rostro rozado que devoraba cada suspiro de su corazón, en fin, sintió como todo su ser era ahogado tiernamente por el amor emanado por ese raro ser de extraña energía que llevaba por nombre siete letras: Mariela.

--- *Mi padrino se siente un poco mal, parece que es un resfriado y mi madrina me mando a pedirle si por favor podía bajar a revisarlo* ---.

--- *Sí, en seguida bajo* ---.

Don Francisco había contraído un catarro, él no estaba acostumbrado al clima frío y en temporadas de invierno solía enfermarse muy seguido; Alberto le dio de tomar un té caliente y le frotó una pomada en su pecho y en su espalda, después lo abrigó muy bien y lo llevó a dormir. En la cocina doña Valeria preparaba un poco de café para ella, Mariela y Alberto. Mariela era muy recatada, apenas y dejaba escapar algún gesto ante Alberto, quien no se cansaba de mirarla.

--- *¿Quiere un poco más de café, Alberto?* --- le preguntaron.

--- *Alberto, le pregunte si quieres más café* ---.

--- *¡Ah!, perdón estaba un poco distraído, no gracias* ---.

Mariela sonrió y le dijo a su madrina que ya se le había hecho un poco tarde; se levantó de la mesa, lavó su taza y se despidió de Alberto, éste se ofreció a acompañarla, pero ella lo rechazó y se fue con su madrina.

A partir de ese día, Alberto no desaprovechaba ninguna ocasión para iniciar conversación relacionada con Mariela. Preguntaba a doña Valeria cómo era Mariela; si tenía pretendientes, quienes eran sus padres, a qué se dedicaba, y muchas cosas más. Doña Valeria le contó que era hija de don Simón y doña Isabel, los dueños de la tiendita de alimentos, ubicada tres calles de la casa de huéspedes. Era la segunda hija, tenía cinco hermanos, María, Esteban, Josefina y Carlos. Mariela le ayudaba a su mamá en las labores de la casa: lavaba, cocinaba, y le daba de comer a sus hermanos; además asistía todas las noches al coro de la Iglesia de Nuestra Señora

del Carmen.

Mariela era muy tímida con las personas que apenas conocía, pero muy alegre y simpática con sus amigas y sus padrinos. Alberto le preguntó a doña Valeriana si podía cortejarla, a lo cual doña Valeria le contestó que eso no dependía de ella y la persona más apropiada para contestarle era Mariela.

Alberto no dejaba de pensar en Mariela; el aire de inocencia y misterio ocultado en su bello rostro, su cuerpo delgado y frágil, cubierto de una tersa y suave piel, la libertad con que hablaba su cuerpo y los secretos guardados en sus discretos labios rojos, una ciencia que Alberto deseaba conocer algún día.

Guiado por los consejos de doña Valeria, Alberto comenzó a asistir cada domingo a la misa de las once. Alberto sentabase en la primera banca del lado derecho para poder ver a Mariela quien se encontraba frente a él, en una especie de balcón donde se situaba el coro. Al terminar la misa, Alberto la esperaba en una banca de hierro color café ubicada en un pequeño jardín perteneciente a la Iglesia. Su presencia causaba extrañeza a Mariela y a sus amigas quienes no dejaban de hacerle bromas y sonrojarla. Varias veces Alberto trató de hablarle, pero no se decidía por hacerlo, mientras Mariela parecía no darse cuenta y evitaba cualquier tipo de encuentro con él.

Alberto se había resignado a la idea de que Mariela no quería tener ningún trato con él, sin embargo, sentía la necesidad de platicar con ella solamente, sin compromiso alguno. Así que un domingo sin titubeos, con las manos escurriendo de sudor y el corazón queriéndose salir del pecho, se levantó de la banca y fue directamente hacia Mariela.

--- Buena tarde Mariela, ¿le gustaría hablar conmigo un momento? ---.

--- ¿De qué desea hablarme? ---.

--- Quisiera conocerla, tengo buenas intenciones con usted, si quiere sólo como amigo ---.

--- Perdóneme, he sido muy grosera con usted, claro, a mi también me gustaría conocerlo---.

Las amigas de Mariela los dejaron solos y a lo lejos le hacían un sin número de señas, sonrojados los dos fueron a sentarse en aquella banca que sería la principal confidente de esa relación que llevaría a Alberto por esa idea extraña de sufrir para ser feliz.

Alberto comenzó a platicar sobre su vida, sus sueños, sus temores y uno que otro chiste

que veces Mariela no entendía, viéndose en la necesidad de explicárselo. Mariela lo miraba muy atenta, fijaba los ojos en su rostro mestizo; exploraba cada movimiento de sus labios más o menos gruesos, su nariz recta, sus cejas semi pobladas, sus pestañas largas y delgadas, su piel con pocas huellas del tiempo, y sus pupilas cafés claras y brillantes, pero con un toque de miedo en su mirar.

Mariela por su parte dijo poco, habló de sus sueños y del recuerdo de un amor triste al cual le había correspondido sin condición y el cual un día terminó con ella sin decir palabra alguna. Las horas pasaron rápido, la pareja no tuvo noción del tiempo ni del espacio, no sentían las miradas ni las murmuraciones de la gente, en aquella tarde de domingo, en esa banca de hierro color café, sólo existieron dos: Mariela y Alberto.

Los encuentros se repitieron comúnmente, ya eran parte de la misa de las once, Alberto tenía reservado su lugar en primera fila, siempre iba vestido muy elegante con camisa de algodón y con pantalones de vestir de lana de diferentes colores, aunque predominaba el azul o el negro. Mariela lucía vestidos largos de lino, de varios colores; llevaba colgada del cuello un escapulario y una medalla de plata con la imagen de Jesús por un lado y la virgen de Guadalupe por el otro, además le cubría el pelo y parte de su rostro una mascada de color blanco; muy rara vez usaba aretes y no necesitaba maquillaje, su rubor era natural.

En ocasiones Alberto se mostraba soberbio por su trabajo en el hospital y por su conocimiento de la vida; Mariela aguantaba esa actitud, pues sus creencias religiosas le ordenaban comportarse de esa forma. No obstante la relación parecía ir bien, Alberto reconocía sus errores y hablaba de ello, reían y volvían a compartir el momento impregnándolo de magia. Quienes conocieron a la pareja no hubiesen dudado ni por un segundo que acabarían casándose, hasta Mariela olvidó la promesa que se había hecho a sí misma: “jamás olvidaré a Emilio”.

1.4. Las limitaciones del modelo médico.

*El hombre no es una máquina
de huesos y músculos, es
simplemente polvo de
estrellas.*

El canto de las aves, el brote de las flores, el pasto verde y los rayos del sol a través del cielo azul sin nubes, de la misma manera la vida florecía en el corazón de Alberto y en la segunda semana de primavera atendió una paciente peculiar.

Una joven de 18 años, complexión delgada, de clase media, su cuerpo gritaba la tortura causada por el corce, sufría de problemas al respirar y principios de asma. La palidez de su piel no se debía a su origen criollo, más bien a la falta de una alimentación saludable, la mirada opaca, sus ojos cafés claros buscaban desesperadamente un pecho cálido y gentil sobre quien derramar varias lágrimas.

Ella, Teresa, había probado varios medicamentos, entre ellos los famosos cigarros “indio”, sólo bastaba aspirar su humo para desaparecer los más violentos accesos de asma, ronquera, insomnio, tos nerviosa, la extinción de la voz, las neuralgias de la faz y la tisis laringea¹. Por prolongado tiempo los cigarros le dieron resultado, pero al pasar los días, éstos perdieron su efecto curativo, se le complicaba respirar y más tarde sufría los ataques de asma.

Alberto recetó algunas dosis de medicamento para combatir las crisis asmáticas y le pidió cesara de usar el corce, pues éste le oprimía los pulmones, sofocándola. En ese momento él entró en el mundo íntimo de Teresa, una vida basada en los buenos modales: la elegancia al comer y al caminar, la predisposición biológica de la paciencia, sumisión y obediencia, el bordado, la atención al hogar, la educación de los hijos y sobre todo, el cuidado de la honra del respetable esposo². Así se resumían sus 18 años, ese era el comportamiento de una mujer en toda la extensión de la palabra.

Sólo bastaba escuchar su voz cortada por la falta de aire, para sentir el dolor y la tristeza de su historia. Alberto pudo descifrar un poco el mensaje de aquella joven, algo en su interior

¹ El Ciudadano, 8 de febrero de 1882. No. 5. p. 4.

² López Sánchez, Oliva. *Enfermas, Mentirosas y Temperamentales*. CEAPAC / Plaza y Valdés. México. 1998.

le decía que no bastaba la dosis recetada, pero su pensamiento científico opacó ese breve destello de luz, no pudo profundizar más en la consulta; habían aún varias personas formadas solicitando sus servicios y poco tiempo para atenderlos.

Fue la única vez que vio esos ojos suplicando auxilio, una semana después leyó en *El Monitor Republicano* la noticia que le hizo acordarse por completo de los sucesos de ese día:

“Todavía otro drama, otra desgracia todavía. Al cerrar nuestra crónica recibimos una carta anónima que por lo mismo no publicamos, en donde se nos dan amplios detalles sobre el suicidio de una joven, acaecido antes de ayer. En estos asuntos delicados, en estos negocios que tocan lo íntimo del hogar, no nos es permitido poner la mano, más que deplorar sinceramente, que aquella que pudo ser feliz en el seno de su familia, que aquella que al lado de su esposo pudo realizar las ilusiones de su vida, rompa su existencia a la hora menos pensada, y deje sumidos en la vehemencia de un corazón apasionado. Lo que decíamos en otra vez repetimos ahora; nunca como hoy habíamos visto tan alarmante cantidad de repetición de suicidios en las mujeres. ¡Qué hay en la atmósfera que sopla como viento de muerte y de exterminio sobre la cabeza de la que, siendo débil y medrosa debía aferrarse ante la idea de hacer pedazos su existencia? La mujer eminentemente soñadora ¡se arroja en el abismo del sepulcro buscando en él otra vida que llene mejor sus aspiraciones, ó por el contrario, va en pos de la nada, ó sigue tras al negación del no ser, y quiere encontrar en la tumba no la puerta de una existencia nueva, sino el confin de toda una sensación?... ¡Quién sabe!, pero tal me parece que nuestra época, tiende de varios modos á quitar á la mujer su aureola de dulcísima ternura, tiende de obligarla á buscar la dicha en las realidades de la vida, en vez de encaminarla por el sendero de lo ideal para el que ha nacido. Las mujeres son soñadoras en todo, hasta en el dolor, hasta para el sufrimiento; cuando no quiere sufrir cantando, sufren saboreando su pena, es que no creen en la religión de su noble tarea, es que dudan ya acerca de su destino, es que no buscan el heroísmo y la abnegación en el fondo de su pena, sino que con varonil entereza retan al destino, arrojando en su balanza el paso de un cadáver para triunfar en la demanda. Pudiera ser esto una causa de esa enfermedad moral, en la que ya es necesario pensar con buen detenimiento. Hay algo en medio de nosotros que tiende á hacer a la mujer, por expresarnos así, para darle una entereza viril, un descreimiento deplorable; la estamos mirando despojarse poco á poco de su manto de poesía, de su perfume de idealidad, de ensueño de tiernas sensaciones, para entrar en el mundo del positivismo, el

mundo en que hoy nos agitamos, todo odio y desesperación”³.

Un escalofrío filtrabase por los poros, un sentimiento de impotencia y rabia ante lo inevitable ondiabale en sus pulmones, la muerte se esparcía rápidamente cobrando otra víctima; aunque Alberto deseaba en su corazón que la joven suicida no fuera Teresa, el nudo en su garganta le confirmaba que ella había sido la inspiración de ese artículo.

Una voz desde la profundidad de su conciencia rompió agresivamente con la nada que se había apoderado de él por unos cuántos segundos: “eres un estúpido, tu soberbia no te permitió escuchar su grito de auxilio”.

Aquella tarde Teresa fue a solicitar los servicios específicos de Alberto, ella rehusó la atención de los otros médicos, espero paciente su turno, pero el médico le ganó al hombre y Alberto sólo pudo ver en Teresa a la asmática, como los demás. Alberto no soportó las bromas de sus compañeros, las miradas insinuantes de esos hombres serios y respetables de ciencia, su orgullo le cerró la puerta que Teresa le intentó abrir.

Al domingo siguiente le comentó lo ocurrido a Mariela, la expresión de Teresa, su último grito de libertad y su fatal suceso. Mariela trató de reconfortarlo:

— *No fue tu culpa, yo tampoco entiendo como alguien puede quitarse la vida, hiciste lo que creíste correcto* —.

Las palabras de Mariela parecían no ser suficientes, sin embargo, el estar junto a ella le traía paz; sus ojos al perderse en la tierna mirada de Mariela, le cambiaban el semblante de su cara morena clara, su corazón latía armoniosamente en su pecho lampiño, mientras la dulce voz de la joven lo sumergía en un hechizo sin fin.

A la noche siguiente de haber leído la noticia tuvo un sueño, se encontraba con Mariela a punto de besarla, cuando de pronto escuchó un alarido, al voltear para buscar el origen del grito, el lugar cambio. Vio a Teresa en un anfiteatro, ella estaba siendo partida en muchos pedazos que eran colocados como trofeos en varias vitrinas; en medio de tantas batas blancas pudo reconocerse, y en un acto de heroísmo, le fue entregada la matriz de Teresa como una medalla de honor por su desempeño profesional, por ser un gran médico⁴. Entre tanto festejo, Alberto se acercó a la mesa del anfiteatro, al destapar los restos del cuerpo mutilado de Teresa, se llevó una sorpresa, eran trozos de otra persona, eran de él mismo.

³ Juvenal. Charla de los domingos en *El Monitor Republicano*. No. 289. 2 de diciembre de 1888.

⁴ López Sánchez, Oliva. op. cit.

Alberto se despertó bañado en sudor y con temor, pareció escuchar la voz cortada de Teresa, no pidiéndole ayuda, sino previniéndole de un peligro.

A la mañana siguiente lo promovieron a puesto mejor, dejó las consultas gratuitas y pasó a al sala de medicina interna. El desempeño de Alberto era tan bueno que pronto llegó a ser muy popular en el hospital, pero la fama no sólo le trajo amigos, sino enemigos, quienes criticaban las formas tan dudosas para determinar las plazas en el servicio:

“Hubo un tiempo en que tuvimos ilusión y fe por los concursos ú oposiciones; pero más tarde nos ha parecido que suelen servir para abrir el camino de los empleados á los andaces y á los principiantes, alejando á los hombres de verdadero mérito, porque el que más sabe, es más modesto, comprende mejor las dificultades y cuida de una reputación medianamente establecida, á fuerza de tiempo y de estudio guardándose de aventurarla á una contingencia azarosa. Nos á parecido igualmente que esos medios ó pruebas, ni son bastantes para apreciar debidamente la aptitud científica de los licitantes, como se ha visto en repetidas ocasiones, ni aún logrando ese fin, bastaría para contar con buenos empleados, cuando precisamente se olvidan, por esa insuficiente prueba rendida ante un jurado no siempre competente ni imparcial... es cierto que se necesita pericia y conocimientos científicos, pero importan más muchas otras condiciones para el servicio, por tratarse más bien que en su desempeño se cometan abusos, que si por fortuna han sido raros, no han faltado aún buscándose para su servicio personas de acreditada práctica, honradez y propiedad, circunstancias todas descuidadas en los concursos, puesto que los jurados no atienden sino al resultado científico de la oposición... por lo tanto no es cordura la existencia de los jóvenes que de luego en luego se colocan en primera categoría, y á los que un celo mal entendido, y el deseo imprudente, los lleva a intentar operaciones funestas, y al empleo de medios peligrosos y no experimentados”⁵.

Alberto se burlaba de las opiniones de sus colegas, además se preparaba con más ímpetu, invirtiendo el doble de tiempo en su mesa y silla de madera para taparles la boca, demostrándoles que él si estaba capacitado para la plaza asignada.

Varias noches tuvo el mismo sueño, al principio creyó que se debía a su falta de tacto, sintiéndose culpable:

⁵ Oposiciones a las plazas del servicio médico. Boletín del Monitor en *El Monitor Republicano*. México, viernes 9 de marzo de 1877.

-- Si estudio más, seguro y perfecciono mis habilidades para curar cualquier enfermedad por complicada que ésta sea ---.

Un fin de semana la última parte del sueño cambió, cuando le entregaban la matriz de Teresa una neblina se esparcía dentro del anfiteatro hasta oscurecerlo. Teresa emergió en medio de la oscuridad entregándole algunos objetos con los cuales los antiguos sacerdotes mexicas realizaban sus ceremonias religiosas.

A la mañana siguiente algo en la cabeza de Alberto se movió, el camino hacia su trabajo le parecía diferente; calles antes al hospital, percibió un olor nauseabundo, fétido, podrido, olor a cementerio de fantasmas encarnados. Entró al hospital y la escenografía de su interior había cambiado ante él, escucho los gritos de dolor y los llantos de desesperación, vio la tristeza en los ojos opacos por la desgracia de los enfermos. El trato inhumano que sus colegas le habían señalado, presencio como en trece segundos los médicos tomaban el pulso y ordenaban los medicamentos, según el número de cama: número uno sangría, número dos id, número tres régimen ordinario, número cuatro lavativas emolientes, número cinco bebida diaforética, número seis cataplasma anodina. Los enfermos sólo comían atole a mañana, tarde y noche, los enfermeros no cuidaban a los pacientes en la noche, y en cuanto éstos morían eran despojados de sus pobres pertenencias (calzones blancos, viejos, sucios y de manta, un rosario y una cajita de cigarros)⁶.

Como se le había ocultado tan cruel trato, ese era su orgullo de médico, dejar morir a las personas en pésimas condiciones, quienes depositaban, al igual que Teresa, toda su confianza y esperanza en ser curadas por un profesional titulado bajo las normas reglamentadas del artículo 3º de la constitución Mexicana.

⁶ González Navarro, Moisés. *La pobreza en México*. El Colegio de México. México. 1985.

1.5. El romanticismo y la medicina.

*Aprendieron que sólo el dolor
te puede conducir al amor.
A. HUÍZ-AR.*

Las campanas de la iglesia sonaban, el vuelo de los pájaros a través del cielo azul sin nubes; la salida de la gente, después de la misa, por las enormes puertas de madera de la Iglesia. Los algodones de azúcar, los cacahuates garapiñados, las pepitas tostándose en un enorme comal de hierro, y los dulces de amaranto; los adornos coloridos con flores, rosas, margaritas, azucenas, dentro y fuera de la iglesia. Todo estaba listo para festejar a la patrona de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

Los tambores y trompetas sonaban con júbilo, la feria y la gran plaza con los antojitos típicos: los buñuelos, los tlacoyos de haba y frijol, las quesadillas de flor de calabaza y hongos, los tamales de chile, dulce o manteca, el pulque y el aguardiente; las procesiones, el ave maría y el padre nuestro¹. En medio de todo aquello Alberto distinguió una silueta sentada en la banquita café, donde solía esperar a Mariela; pasó al pequeño jardín de la iglesia y se dirigió hacia la desconocida joven, tal fue su sorpresa al ver nuevamente ese rostro rozado, sin ninguna huella perceptible del tiempo, más bello que nunca.

— *Ha pasado mucho tiempo Mariela, nunca creí volver a verte* ---.

— *Yo tenía la esperanza de encontrarte y ya vez, no me fallo mi corazonada* ---.

— *¿Cómo está Emilio?, supe que te casaste con él* ---.

— *Ha de estar bien, supongo, sabes, no me case con él, una hora antes de la ceremonia hablamos y preferimos desistir en nuestros planes, comprendimos que un matrimonio sin amor no duraría, luego corri a decirtelo, pero ya era demasiado tarde, te habias ido de la casa* ---.

Alberto al oír esas palabras recordó lo que ahí mismo sucedió hace más o menos dos años. Era un domingo soleado, la misa de las once de la mañana había terminado, Alberto como cada domingo esperaba a Mariela en la banca del jardín de la Iglesia. Ese día no era igual, a

¹ García Cubas. Antonio. *El libro de mis recuerdos*. Secretaria de Educación Pública. Biblioteca Enciclopédica Popular, México. 1946.

menos para él, y no se equivocaría, después de ese día nada sería igual.

Mariela salió puntual como siempre, fue a lado de Alberto, quien comenzó a contarle de la decisión tomada a raíz de la muerte de Teresa. Alberto había decidido permanecer en el hospital alrededor de un año, trataría de elevar la calidad del servicio; sería demasiado estricto con el personal bajo su mando y se daría tiempo para consultar a los pacientes a modo de indagar un poco más de lo permitido, para evitar finales como el de Teresa.

Mariela se notaba algo triste, aunque lo alentaba y le deseaba buenos augurios; algo en ella parecía decir que aquel día sería el último que pasarían juntos. Alberto leyó aquel mensaje, y provocado por el miedo de perder lo que se quiere, sintió como una fuerte opresión en el pecho le fabricaba un nudo en la garganta, como tratando de detener la pregunta que encontraría como respuesta la fatal palabra indeseada.

--- Mariela, llevamos como seis meses de conocernos y lo que voy a preguntarte es muy importante para mí, y espero lo sea también para ti, ¿quieres casarte conmigo? ---.

Antes de saber la respuesta, su cuerpo se estremeció, sus ojos claros se cristalizaron, su voz se quebró antes de terminar la pregunta, y el sonido de esas dos letras empezó a retumbar en sus oídos antes de ser pronunciado. Mariela quedó callada, por un largo instante envolvió a la pareja ese silencio a luto, donde sólo queda permitirse una o varias lagrimas, al decir adiós a los momentos compartidos. Alberto colocó su mano, que lucía el brillante anillo de médico en su dedo anular, en la barbilla fina y delicada de Mariela para levantarle la cara.

--- Mirame a los ojos y contéstame, ¿quieres casarte conmigo? ---.

Los ojos de Mariela también se cristalizaron, su brillo tenía una rara mezcla de rencor y tristeza, como tratando de maquillar su verdadero sentimiento, para terminar con esas dos letras cargadas de desprecio.

--- ¡NO! ---.

Mariela salió corriendo del jardín, el viento la perdió, justo como una hoja que cae al suelo y es arrastrada sin rumbo, hasta desaparecer. Así la silueta de Mariela se esfumó ante los ojos de Alberto, quien se privó de dejar caer al suelo sus lágrimas, el sonido de los cohetes y el canto de los rezos, le impidieron escuchar si la mujer amada había llorado. Alberto quiso alcanzarla, pero algo en su pecho le impidió ir, era su corazón que no quería recibir más daño.

Tres meses después conoció a Emilio, quien había llegado del extranjero para casarse con Mariela, era el viejo amor que un día la abandonó sin razón alguna. Escuchaba con alegría

como Emilio planeaba su boda con Mariela, y la pregunta obligada que retumbaba en su cabeza era: ¿por qué? El día de la boda Alberto se levantó muy temprano, antes de recibir los primeros rayos del sol, escribió una nota deseándoles felicidad a la pareja, agradeciendo el trato amable de los viejitos de la casa, los momentos compartidos como una gran familia junto a Pedro y Joaquín, y el triste adiós.

Al llegar al hospital comenzó a cambiar su trato con los enfermos, les dedicaba más tiempo, exigía a los enfermeros amabilidad, asistirlos cada vez que lo solicitaran, cuidarlos y respetarlos. Poco a poco ganaba mayor fama, los médicos que en un comienzo lo criticaron, ahora lo elogiaban por su trato cálido y gentil; los médicos que lo apoyaban tiempo atrás comenzaron a cuestionarle su dedicación, diciendo que esto era un hospital y no una casa de beneficencia.

A partir de ahí los problemas comenzaron, los roces en el trabajo se acrecentaron, algunos competían con él, más por no ser destituidos que por la preocupación de la salud de los enfermos. Alberto empezó a ver algo más en esos desplantes de sus colegas, ¿por qué?, si trabajaban para lo mismo; ¿por qué esa actitud tan fría y cruel?, que le recordaba a su padre en su adolescencia, ¿qué es lo que mueve todo esto? se lo preguntaba en muchas ocasiones.

Una mañana, justo al llegar al hospital, el director de éste le pidió verlo en su oficina. El doctor Álvarez aún no se colocaba la bata blanca y dejaba verse con un traje café, se quitó el saco y se sentó; Alberto tocó y entro a la oficina.

--- Buenos días, doctor, ¿me mando usted llamar?---

--- Sí, me han comentado que ha tenido varias confrontaciones con compañeros suyos---

--- Así que ya le fueron con el chisme, no los entiendo, nosotros los médicos estamos destinados a garantizar y proteger la salud de los enfermos, lo juramos ante los jueces en el momento de titularnos, pero lo que veo en este hospital es todo lo contrario, la gente es abandonada a su suerte, sólo se le administran dosis para calmarles el dolor, pero no se cura la enfermedad. Y no sólo es eso, sino el trato humano esta ausente, no se platica con el paciente, no se toman en consideración el ambiente donde vive el enfermo, si acaso nada mas para llenar los registros, creo que de esta manera no estamos cumpliendo con nuestra función ---.

--- La verdad Alberto, es que nosotros hacemos lo que podemos, la demanda de nuestro servicio es demasiada, el personal es poco, tú lo viviste en la sala de consultas gratuitas.

Los que trabajamos en este hospital no podemos cambiar las vidas de los enfermos, los que ingresan aquí están ya en sus últimas; traen una historia de mala higiene, y no se les puede culpar, desgraciadamente así les tocó vivir ---.

— ¿Y qué podemos hacer para remediar tal situación?—.

— No hay otra que poner todo el peso en la Higiene, si las personas estuviera preparadas para concederle á la Higiene la atención que se merece, tendria mucho andado en el camino de su felicidad². El conocimiento de la Higiene es una de las necesidades que más abandonadas se tienen en las familias... este es el principal origen de muchas enfermedades que continuamente nos amargan, sin que nuestros esfuerzos sean bastante para alejarlas cuando ya hemos sido presas de ellas y sentimos sus padecimientos, que nos debilitan y destruyen cada día más...El conocimiento de la higiene es un amigo verdadero que nos preserva de los males, cuando seguimos sus benéficos consejos sometiéndonos á sus reglas... éstas deben seguirse constantemente sin apartarse de ellas nunca, porque siempre estamos expuestos á sufrir los malos resultados de nuestro abandono... y su observancia es una recompensa ventajosa de nuestros ciudadanos, que nos proporciona la salud, que sin duda alguna, la mayor felicidad que podemos desear³ —.

Alberto se interesó demasiado en el tema de la higiene, a tal grado que a partir de ese día comenzó a enfatizar su desempeño en dicho campo.

Sin embargo, las confrontaciones con sus colegas iban en aumento; lo descalificaban, y los reproches, las mayorías de las veces iban más allá de su trabajo, agrediéndolo verbalmente. Alberto se defendía y contestaba a las agresiones, y aquello se convirtió en un campo de batalla dedicado a la conservación de otra cosa, menos a la salud de los enfermos.

Nuevamente fue requerido por el doctor Álvarez, quien había tenido problemas con gente de mucho más peso, él respaldaba incondicionalmente a Alberto, pero la cosa había llegado muy lejos: era él o Alberto. El doctor Álvarez decidió la segunda alternativa, ofreciéndole a él, presentar su oposición a la plaza de Médico Inspector Sanitario. No habría problema, el doctor Álvarez conocía muy bien a los jueces que emitían el falló del concurso, le daría una carta recomendándolo y exaltando su dedicación en el campo de la Higiene.

² La Higiene en las Escuelas en *El Municipio Libre*. 27 de octubre de 1896. No. 256.

³ Higiene en *La Guía del Viajero*. 7 de septiembrc de 1887.

Alberto recibió emocionado la propuesta y se encamino hacia su objetivo. Él era mexicano, siempre había vivido en la capital y su trabajo notaba su interés en la Higiene, sólo tenía una pequeña duda, el tiempo desempeñado en su profesión⁴. No hubo problema alguno, la carta del doctor Álvarez le sirvió bastante y en menos de lo imaginado se convirtió en Médico Inspector Sanitario.

Los días pasaron demasiado rápido, Alberto dedicaba cuerpo y alma al trabajo, dispuesto a dar lo mejor de sí para velar por la salud de la gente, y en parte para olvidar el recuerdo de Mariela. Sus obligaciones se reducían en todo lo relacionado con la vacunación, llevar los registros y extender los certificados. Tomar las medidas necesarias en caso de enfermedades contagiosas, visitar al enfermo, indicar sus cuidados, prevenir el contagio de la enfermedad, dar á conocer al Consejo de Salud la enfermedad, su peligro y su forma de contagio, etc. Ayudar en la vigilancia de las escuelas, fábricas y establecimientos peligrosos, inusuales ó incómodos, y en diferentes expendios de bebidas comestibles sujetos á reglamentación especial. Visitar casas de las cuales se tenga alguna queja, reportando su visita. Separar del consumo público en los expendios y mercados, los autos y otros alimentos impropios para el consumo. Presentar en el curso de enero un estudio acerca de las condiciones higiénicas de su cuartel y de las medidas que estimen oportunas para la salud pública, señalando los adelantos higiénicos realizados en el año anterior. Asistir á los llamados del Consejo de Salubridad. Realizar prácticas, que aunque no estén en sus funciones, les ordene ejecutar el consejo. Y claro, aplicar el cobro de la multa de 25 pesos⁵.

Alberto estaba al tanto del cuartel III, era uno de los mejores, contaba con calles pavimentadas, drenaje y agua “en bastantes buenas condiciones”, y no había en él industrias nocivas⁶. Su trabajo era tranquilo; realizaba varias visitas á diversos establecimientos de farmacia... y había mandado cerrar tres de ellas, á causa de no tener al frente un responsable titulado... pues no había duda que uno de los peligros más inminente de enfermedades y envenenamientos era la inepticia de los dependientes que despachaban las recetas sin consultar previamente con el director del establecimiento y á veces sin que el director tuviese título de

⁴ Médicos Inspectores Sanitarios en *El Municipio Libre*. 17 de abril de 1892. No. 90.

⁵ Op. cit.

⁶ González Navarro, Moisés. *Sociedad y Cultura en el porfiriato*. CONACULTA. México. 1994.

farmacéutico⁷.

Alberto parecía complacido, las irregularidades en el cuartel III eran pocas, sus informes mensuales incluían el trabajo para controlar los brotes de epidemias. Alberto vigilaba que fuesen vacunados todos los niños, dejaba en poder de las familias al visitar a los enfermos, un ejemplar de la instrucción aprobada por el Consejo, para precaver el contagio; examinaba el estado en el que se encontraban los comunes, caños y demás conductos desaguadores de las habitaciones, así como los principales de la casa, y se informaba en general acerca de las condiciones higiénicas de las mismas, para consultar al Consejo las medidas que estimasen⁸

Su vida profesional marchaba sin ninguna contrariedad, ésta le era bien remunerada, gozaba de gran prestigio y le era reconocida su capacidad, pero un hombre como él sentía que eso no lo era todo, algo dentro de sí se le había roto, ¿cómo unir nuevamente los pedazos? Alberto no encontraba respuesta alguna, ni siquiera en el mensaje de las nubes en esos meses de lluvias.

⁷ Diario de Política, Literatura, Comercio y Anuncios en *El Partido Liberal*. México. Tomo IX, jueves 13 de marzo de 1890.

⁸ Médicos Inspectores Sanitarios, op. cit.

2.1. Esa enfermedad llamada pobreza.

*Bien aventurados sean los pobres
de espíritu, porque de ellos es el
reino de los cielos.*

Sentado sobre su cama, Alberto veía caer gotas del cielo, eran meses de lluvia; por las calles empedradas de Tacubaya corría un pequeño arroyo de agua, el aire estaba impregnado por ese olor a barro húmedo de los tejados de las casas, los barandales de hierro empezaban a mostrar ese color rojizo de óxido, y el verde de los árboles se nutría gracias a ese noble ciclo del agua, mientras los trenes no daban abasto para conducir a los transeúntes entre aquella villa y la gran capital¹.

Alberto solía salir a la calle y caminar bajo el agua, cuando el recuerdo de Mariela le hacía derramar un líquido salado sobre sus mejillas, líquido que se confundía entre el llanto de las nubes. Cierta ocasión camino más de la cuenta, en una tarde del mes de agosto, en donde no se le veía fin a la delgada llovizna.

--- Se está cayendo el cielo a pedazos, amigo ---

Alberto volteo y entonces vio un rostro maduro lleno de cicatrices, el pelo negro y grasoso, las manchas de suciedad en la ropa desecha, la camisa a duras penas dejaba ver su color blanco con dificultad, el pantalón desteñido sin huella del azul, los zapatos con agujeros en frente y sin agujetas, y el olor combinado de pulque y ausencia de baño.

--- Tú no eres de por aquí, ven te haré un lugar, aquí cabemos los dos ---

Alberto rehusó la invitación.

--- Perdón, se que mi apariencia no es la adecuada y además no me he presentado, me llamo..., bueno me dicen "el de la once" ---

--- ¿"El de la once"? ---

--- Sí, es que vivo en el lote baldío que está en la calle once. Te ves triste, sabes, el llanto purifica el alma, pero a veces las palabras lo liberan ---

Alberto no dijo nada y se alejó de ese personaje misterioso, no volvió a cruzar por ese camino durante varias semanas. Un mes después, al regresar por la tarde a su casa,

¹ Los tranvías (I) tomado de *México Gráfico*, 12 de agosto de 1888, citado en Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen. *La Ciudad de México en el Siglo XIX*. Colección Popular. México. 1974.

acompañado de una fuerte lluvia, Alberto se introdujo a su casa completamente empapado. Sin perder tiempo entró a su recámara y se mudó de ropa; algo en su interior lo llamaba. Alberto se abrigó bien y camino hacia el lugar donde encontró al vagabundo. Llegó al lugar pero no lo halló y se introdujo en una pulquería donde esperaba obtener información. El despachador le indicó como encontrarlo, pero le recomendó no hacerlo y menos vestido de esa forma.

Al día siguiente se vistió con la ropa más vieja que tenía y fue en busca de “el de la once”. Al llegar al límite de la calle vio un cambio drástico de escenario, calles echas lodo, donde gran cantidad de agua se encharcaba, acompañada de excremento humano y animal, residuos de cocina y basura, y sabe dios que cosas más². La triste realidad dicha por su padre años atrás, la veía en esos momentos; crudos y sin maquillaje los olores se le escurrían por sus fosas nasales y la boca se le impregnaba con ese sabor a asco y náusea. Conoció el otro México sólo retratado en los periódicos de la época.

Presas del asombro provocado por el impacto de esa triste realidad, una mano tocó su espalda robusta con suaves palmadas.

— *¿Asqueroso, verdad? Lo debe ser para ti, pero para nosotros no, para las personas que habitamos las calles olvidadas esto es común y sin novedad. Ven te mostraré algo más ---.*

“El de la once” lo llevó por las calles de ese México pobre.

— *Para nosotros, la ausencia de la Higiene es parte de nuestra clase social, bueno eso nos dicen los que nos ven de afuera, personas como tú ---.*

Recorrieron los expendios de sustancias alimenticias en las plazas ó en los sardineles de los zaguanes de las casas de vecindad, por cuyos pisos pasaban albañales generalmente mal cubiertos, dando lugar á un continuo desprendimiento de gases fétidos, productos de todas las materias orgánicas de desecho, que pasaban por esos conductos desagüadores... impregnando los alimentos³.

A la memoria de Alberto llegó el paisaje donde él vivía, no pudo evitar las comparaciones y los abismales contrastes, éstos eran los ligerísimos problemas de higiene que impedían

² González Navarro, Moisés. *Historia Moderna de México. El porfiriato. La vida social.* Hermes. México. 1957.

³ Higiene Pública y Privada en *El Municipio Libre.* 8 de julio de 1896. No. 158.

igualar a la Capital con la más moderna ciudad del mundo. Ésta era la población que impedía el desarrollo de México, con sus malos hábitos alimenticios, sus casas parecidas a nidos de ratas por el número enorme de personas aglutinadas en un espacio tan pequeño, donde no hay lugar ni para la privacidad; así vivía la población causante de todas las enfermedades, las epidemias y la muerte. “El de la once” parecía leer los pensamientos de Alberto, una sonrisa se le dibujaba de oreja a oreja, su mirada parecía llena de satisfacción, como si hubiese encontrado algo anhelado por mucho tiempo.

Alberto volteó y quedó hechizado, sintió algo curioso, el estar junto a ese desconocido le traía tranquilidad, esa fue la sensación que lo llevo a buscarlo, por un momento creyó que podría encontrar consuelo a su dolor, por lo menos no estaría tan solo. Se propuso conocer la clase de hombre que vivía debajo de esa barba larga, entre esas ropas desgarradas, pero sobre todo, ese hombre que no parecía ser igual a los demás borrachos o vagabundos; no “el de la once” tenía algo que lo hacía diferente, y eso Alberto lo averiguaría. El vagabundo interrumpió sus pensamientos:

— *Tú eres privilegiado al habitar la zona importante de Tacubaya, pero amigo, éstos somos tus vecinos. A Tacubaya la cruzan tres arroyos que reciben la basura y las materias fecales, y que en tiempo de sequía son verdaderos focos de infección, el mercado y el rastro son pésimos⁴. Nosotros los léperos, como nos llaman, vivimos en casa apolilladas o de adobe, los más mejorcitos, en cuartos de vecindad⁵. —.*

En ese momento, un hombre apenas vestido con un calzón de manta y un sombrero de paja, salía de la pulquería: “Las delicias del sabor”.

— *¿A dónde vas pájaro? —.*

— *A mi casa, a dejar los centavos que me quedan pa’ la comida de mis chilpayates —.*

Alberto exclamo:

— *¿Pájaro?, que no tienen nombres comunes. —.*

“El de la once” mostró su dentadura manchada por el tabaco, y después de un leve suspiro, le contestó:

— *Si amigo, también tenemos nombres, pero nosotros nos bautizamos en las calles con*

⁴ González Navarro, Moisés. *Historia Moderna de México. El porfiriato. La vida social*, op. cit.

⁵ González Navarro, Moisés. *La pobreza en México*. El Colegio de México. México. 1985.

apodos como el pájaro, la loba, el chiflado, la burra⁶ y parale de contar sino no acabo. Tü ropa vieja, sería de lujo para nosotros, y los desperdicios de comida que tiras serían una deliciosa cena de fin de año. Aquí sólo se come maíz, chile y sal, frijol en contadas ocasiones carne una que otra vez, pan y guajolote en fiestas muy grandes, azúcar como "remedio", y como narcóticos pulque, aguardiente y tabaco. Los hombres vestimos camisa, calzón, blusa, sombrero y huaraches. Las mujeres, en cambio, conservan su indumentaria tradicional: manta de lanza con su correspondiente ceñidor, ... algodón para la parte superior del cuerpo, labrado con amor hasta en chaquiras y prueba de su bien ganado fama de hábiles bordadoras⁷. —.

Los oídos de Alberto escuchaban atentamente cada palabra "del de la once", quien dijo por último:

--- Bueno amigo, por hoy es suficiente, vuelve mañana y te mostraré más de esta vida llamada antihigiénica —.

Al día siguiente los dos nuevos amigos se sentaron a hablar en el lote baldío donde vivía "el de la once". La larga barba oscura hacía verse "al de la once" como un sabio, un mago de cuento. Alberto sintió la necesidad de compartirle su dolor; atento "el de la once" lo escuchaba sin pronunciar palabra alguna, se adentraba en los ojos de Alberto hasta platicar en silencio con sus entrañas. Alberto se desahogó sin pena, sus palabras estaban cargadas de dolor, de reproche y de no aceptación; por qué la vida le había jugado tal broma, él la amaba y sentía que ella también, entonces por qué ese no sin razón, ese no cargado con un sí en el fondo. Alberto estaba confundido, retractabase de sus argumentos, quizás él mal entendió a Mariela y confundió ese cariño con amor.

Sin moverse, a excepción de sus pestañas, "el de la once" hacía propio el dolor de su amigo y aguardó paciente el final de esa confesión, se tomó unos cuantos segundos, respiro y dijo:

--- No hay respuesta, siempre hay un perdedor y esta vez te tocó perder—.

Fueron las únicas palabras que pronunció ese día. Alberto esperaba más de ese sucio

⁶ Op. cit.

⁷ Henning, Pablo. "Apuntes etnográficos sobre los otomíes del distrito de Lerma", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, t. III, tercera época. México. Museo de Arqueología, Historia y Etnología. 1911, pp. 82-83, citado en González Navarro, Moisés. *La pobreza en México*. El Colegio de México. México. 1985.

rostro marcado por todas las huellas que la vida podía dejar, pero no, se conformó con llorar amargamente.

Alberto dejó de concurrir a las citas con su amigo, quizás decepcionado por no encontrar las anheladas palabras de consuelo.

La primera noche de octubre al llegar de una cantina, encontró “al de la once” esperándolo en la puerta de su casa.

--- *¿Qué haces aquí, este no es lugar para gente como tú.* ---.

“El de la once” sonrió y movió la cabeza, Alberto comenzó a llorar y “el de la once” le dio un abrazo tan cálido, que Alberto sintió como algo dentro de sí se abría.

--- *Perdón, no quise ofenderte, pero no puedo más, a veces quisiera cerrar los ojos y adentrarme en el laberinto del olvido* ---.

Ambos pasaron a la pequeña casa, al entrar fueron recibidos por el distinguido título de médico colgado en medio de una habitación donde se hallaba la sala, a su lado derecho, hasta el fondo, se encontraba una pequeña cocina, y entre ellas, una puerta de pino sin teñir escondía la vida privada de Alberto. “El de la once” entró primero, sentándose en un sillón café, callado, lo dejaba llorar; la caída de la noche oscurecía más el sufrimiento de Alberto, fue entonces cuando “el de la once” lo miró fijamente y comenzó a hablar.

--- *Mira Alberto, en la naturaleza nada es perfecto y todo es perfecto, un árbol puede estar torcido y haber adoptado la forma más extraña, y de todos modos es hermoso⁸. Tú lloras la pérdida de una mujer, quizás ella también en estos momentos esta llorando o a lado de su esposo y tú estas aquí. Lo que no debes hacer, si en verdad la amas, es morir por ella. Cuando uno ama da sin condición, sin pedir a cambio nada, no le reprocha al otro, no le exige sentir o hacer lo mismo que uno hace. Lo que sientes por ella es muy hermoso, no lo manches con esa actitud, vive en honor al amor que sientes, no la olvides, hazte uno con su recuerdo. Así debía ser, Mariela y tú necesitaban separarse para crecer juntos, para el día de mañana, quizás reencontrarse y compartir sus vidas, o verse para despedirse bien, sin dejar nada en el otro, devolviéndose lo que se dieron, para que en el futuro te brindes por completo, así debía ser, no estabas listo para amar* ---.

⁸ Alice Walker, citada por Jeffrey Zaslow, U. S. A. en *Reader's Digest. Selecciones*. México, D. F., junio de 1998.

Alberto no entendía lo que en esos momentos su amigo le quería decir, pero dentro de sí, al escuchar aquellas palabras, algo extraño le decía que “el de la once” tenía razón, que el recuerdo de Mariela debía irse, no olvidándola sino haciéndose uno con el recuerdo de Mariela. Después de aquella noche, Alberto sintió una tranquilidad en su corazón, aún había noches que lloraba al acordarse, pero el sentimiento era completamente distinto, ahora sí podía disfrutar sus lágrimas y sus sonrisas al sentir en su memoria la presencia de Mariela.

La temporada de lluvias estaba por terminar, Alberto y “el de la once” caminaban por las calles sin pavimento del otro México. “El de la once” lucía ropa nueva, perdón, seminueva, a duras penas Alberto lo convenció de aceptar dos trajes, uno color gris y el otro color azul, un par de camisas blancas y una camisa de color claro, y un par de zapatos negros.

Pararon a unos cuantos metros de una botica, Alberto contó con lujo de detalles la historia de su padre.

— *Entonces de ahí tu afán de ser médico, y ahora inspector sanitario, no soportas la injusticia, tu padre tenía razón, y aún con toda su avaricia, él hizo todo lo posible para enseñarte a vivir. La vida es triste, sino, mira toda esa gente que entra a la botica, con todas y esas normas reglamentadas de sustancias medicinales, la gente se sigue muriendo, y no es porque no deban morirse, sino como mueren. Mira según hay un listado de los medicamentos que pueden venderse al público, la plantas y animales medicinales, los materiales con que deben contar las boticas, las precauciones con que deben despacharse las dosis recetadas⁹; en general, todo muy bien ordenado y reglamentado, pero como dijo tu padre la realidad es otra cosa. De que sirve contratar á un farmacéutico titulado, el cual se presenta en las boticas á final de cada quincena, para cobrar su pequeño honorario, y que en caso requerido se presente como responsable¹⁰. De que sirve contar con basculas, matraces, morteros, mecheros, frascos, y todos el instrumental requerido en las boticas; si las sustancias son adulteradas, por ejemplo, las sustancias minerales las compran los boticarios donde pueden obtenerlas á más bajo precio, á causa de que no están debidamente purificadas ... con esto expenden ellos dichas sustancias mezcladas con arsénico ... y el enfermo que*

⁹ Sustancias Medicinales en *El Municipio Libre*. No. 86. 10 de abril de 1892.

¹⁰ Diario de Política, Literatura, Comercio y Anuncios en *El Partido Liberal*. México. Tomo IX, jueves 13 de marzo de 1890.

tenga que tomar bismuto, ... aunque no necesite del arsénico ó aunque éste le dañe, tendrá que tomarlo inconscientemente, porque se lo dan en la medicina, y tendrá que padecer después las consecuencias¹¹ ---.

Vino a la mente de Alberto su desempeño en el cuartel III, las condiciones no eran diferentes, en las tres farmacias que mandó cerrar, los dueños de esos establecimientos habían tratado de sobornarlo, pero él no accedió. ¿Entonces los otros inspectores, por qué no las habían clausurado antes, ellos si aceptaron el soborno?

--- En las ciudades perdidas hay muchas irregularidades, --- seguía diciendo “el de la once” --- los medicamentos no solo son los únicos adulterados; los fabricantes de cerveza, por no gastar en lupulo ó por economizar algo en el precio de ésta, con el fin de amargar la cerveza, mezclan una cantidad de nuez vómica á la cebada en fermentación. Para el que toma una ó dos cervezas podrá serle sospechosa la poca estrignina contenida en ese liquido, pero para los que acostumbran embriagarse con esa bebida, su uso excesivo habrá de producir con el tiempo pésimo resultado, pues la extrinina que se toma no es ya en dosis insignificantes sino en cantidad que daña infaliblemente¹² ---.

A la vez que oía eso, en su cabeza los recuerdos se movían como un río inquieto, todo el desempeño como inspector sanitario, ¿realmente había cumplido con su trabajo, así podría evitar muertes como la de Teresa, así podría garantizar una buena calidad en la salud de los pobladores de la Capital? Alberto recibió una especie de golpe mental, fue como si despertara de un encanto, sintió como si se hubiese liberado de una prisión; recordó su vida desde el fatal “no” de Mariela, y vio su andar envuelto entre el manto del sufrimiento, del dolor, de la amargura, bueno, de todas aquellas emociones que llevan hacia el final trágico de un mártir, el camino irresponsable y victimario de un romántico.

Una nueva emoción abrigó el ser de Alberto, las sombras que cubrían su vida se dispersaron, su visión había regresado a su antiguo esquema objetivo, le surgió un interés por la salud de esas personas, había tomado una decisión, pero el camino por andar le parecía muy difícil y muy duro, la salud de esas personas era una empresa necesaria de un gran esfuerzo y dedicación, era un buen reto, digno de su inteligencia y habilidades de médico. Su

¹¹ Op. cit.

¹² Op. cit.

cerebro comenzó a buscar el origen de esas pésimas formas de vida, ¿en verdad esta gente era la culpable de vivir de esa forma, era la responsable de albergar los focos de infección de las diferentes enfermedades?

¿Cómo podría ayudar a esas personas? Su salud no dependía de la administración de medicamentos, pero tampoco de los decretos higiénicos; como podían culparlos de vivir en la suciedad, por qué de su pelo largo y sucio, por qué de las costras de mugre. Si con el raquítilo salario que ganaban, apenas les alcanzaba para mal comer, cómo iban a pagar en un corte de pelo que costaba 12 centavos, y en bañarse, si para hacerlo tenían que invertir por lo menos 25 centavos, es decir, ellos necesitaban pagar un día de sueldo para asearse y dejar a su estomago sin alimento¹³.

La salud era sólo para la vida de los afrancesados, ellos sí podían comprarla, ellos eran los dueños de los hospitales públicos y privados, de los centros de beneficencia, de los alimentos en buen estado, para ellos sí los inspectores sanitarios cumplían su función. Para las quejas de las personas de la clase alta, el Consejo de Salubridad era enérgico e investigaba hasta las últimas consecuencias los abusos y las irregularidades en materia sanitarias.

El mismo Alberto había contribuido a esa lucha de clase, a esa aplicación excluyente de la salud; Alberto pensaba que estaba desempeñando bien su trabajo, pero simplemente lo habían enredado en su telaraña. Le disfrazaron la situación a tal grado que él mismo cayó en el juego sin decir nada. Al promoverlo como inspector sanitario el doctor Álvarez se libró de las confrontaciones en el hospital, a la vez de asegurar su permanencia en el puesto de director general; por otro lado, al asignarle a Alberto el cuartel III, que era uno de los mejores, no tendría ninguna inconformidad, le pagarían buen sueldo, estaría vigilado y lo que era más importante permanecería con la boca callada, soñando con los ojos abiertos.

Alberto entendió una cosa, su enemigo no eran los seres invisibles provocadores de enfermedades, ni la adulteración de las medicinas, las bebidas o los alimentos; no, el enemigo estaba más allá, si todo esto era permitido, es porque alguien lo permite, ese alguien estaba sentado en la silla del poder enriqueciendo sus arcas con oro y plata. Todo estaba claro, nada le impediría realizar su trabajo, Alberto no podría cambiar todo el monopolio médico, sólo le quedaba una opción, velar por la salud de la gente pobre, invisible ante los ojos de los

¹³ González Navarro, Moisés. *La pobreza en México*, op. cit.

dictadores de las leyes sanitarias.

Con ese entusiasmo en su persona, se levantó muy temprano el domingo siguiente, desayuno un par de huevos, café y un pan, después se bañó, se vistió con un pantalón de color claro, una camisa oscura, calcetines azules, encerró sus zapatos que brillaban como nuevos, aún no sabía a donde se iba a dirigir, pero eso no importaba; Alberto sintió las ganas de salir ese día y romper con su vida cotidiana.

Tomó el tranvía hacia la ciudad, el recorrido no tardó mucho, rápidamente llegó hasta la Capital. Después solicitó el servicio de un cochero de bandera azul, quienes cobraban 10 centavos la media hora¹⁴; por las ventanas del coche, alcanzó a ver una gran plaza, le ordenó al cochero parar y lo liquidó, sin planearlo había llegado a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, era la fiesta de esa patrona, sólo le faltaba una cosa, y tal vez ese día la encontraría.

¹⁴ Coches de Alquiler tomado de *El Nacional* en Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen. *La Ciudad de México en el Siglo XIX*. México. Colección Popular. 1974.

2.2. La peste.

*Los jinetes cabalgaban de nuevo
en el ritual del exterminio, nadie
estará tranquilo y salvo, en esta
era de horror y genocidio.*

A. HUIZAR.

--- Alberto, ¿te pasa algo?, de pronto te quedaste callado por mucho tiempo ---.

--- No es nada, sabes, este día no esperaba ningún hecho importante que cambiara mi vida, sólo me levante muy temprano y salí a la calle, sin rumbo fijo, el destino me trajo aquí, para devolverme lo que deje hace tiempo ---.

Los dos cuerpos cálidos se entre mezclaron, en ese momento Alberto comprendió las palabras “del de la once”, él y Mariela habían cambiado, no eran los mismos; ella había seguido fielmente sus creencias religiosas, llegó al amor a través del dolor, y él se había perdido entre el romanticismo y el positivismo, listo para reiniciar su camino.

Alberto declinó su puesto de inspector sanitario, bajo los consejos “del de la once”, construyó un pequeño consultorio en el lote baldío donde él vivía, en ese lugar vio las diferentes formas de vivir y de morir. La muerte del pequeño Jesús le dejaría una huella muy honda en su corazón.

Jesús era el décimo hijo de la señora Ángela, quien lavaba ropa ajena por unos cuantos centavos, para alimentar a sus hijos más pequeños que aún no trabajaban. El esposo de la señora Ángela, el señor Jacinto, se había ido de mojado, pero según rumores, el rió se lo había comido, pues pasado el tiempo ya no supieron nada de él. Jesús tenía alrededor de uno cuatro años de edad, era de tez morena, ojos cafés oscuros, el pelo lacio y sucio, las manos partidas por la tierra, siempre descalzo y vestido con un taparabo y una playera de manta.

Jesús y su familia vivían en una choza de madera, sin ventanas, el olor a humedad abrigaba la casa; dormían en petates colocados en el suelo, sin cobijas que les protegieran del frío. El pequeño Jesús solía jugar todo el día, corría, gritaba y era demasiado inquieto; a veces se despojaba de su playera y mostraba su cuerpo, se le podían contar sus costillas sin dificultad, las manchas en su piel informaban su raquítica desnutrición, pero Jesús siempre tenía una sonrisa para su mamá, y sus ojos, aunque llenos de tristeza, brillaban.

Alberto realizaba sus acostumbrados viajes junto “al de la once”, cuando el niño, al perseguir una mariposa, chocó con él, Alberto lo cogió entre sus brazos y rió sin parar. Jesús tenía la inocencia de un niño que gozaba la vida, a pesar del ambiente en donde vivía; pronto Alberto fue envuelto entre la calidez del niño y le tomó gran cariño.

Alberto comenzó a visitar al pequeño Jesús, al principio la señora Ángela veía con malos ojos las visitas que Alberto le hacía a su hijo durante todas las noches. Al pasar de los días Alberto llegó a formar parte de la familia, era como el hermano mayor, quien brindaba apoyo en los momentos más difíciles, además de ser un amigo en quien confiar y una persona a quien recurrir en cualquier momento.

La relación entre Alberto y el niño era muy especial, en ocasiones lo llevaba a su casa y los tres: Jesús, Mariela y Alberto, pasaban momentos mágicos. Mariela también le tomó gran aprecio y ese niño tomó un significado especial en sus vidas.

Una tarde del mes de enero, la señora Ángela irrumpió en el consultorio inesperadamente: — *Doctorcito, doctorcito, no se que tiene mi'jo, amaneció con mucha fiebre, por favor, venga a ver lo que tiene* —.

Alberto alarmado, fue inmediatamente hasta la casa de la señora Ángela, acostado sobre un petate yacía tendido el pequeño Jesús, ardía en fiebre, tenía dolores agudos en sus miembros, en el raquis y en los ojos, inyección en la conjuntiva, sed y postración de las fuerzas¹. Alberto diagnóstico una gripa y receto el jarabe de Labelonye², tres cucharaditas al día durante 10 días.

Conforme pasaban los días la enfermedad avanzaba más, ahora presentaba un cuadro de bronquitis, basca, vómitos y algunas evacuaciones mucosas y la fiebre se presentaba en forma intermitente, además se hacía más notable la postración de las fuerzas³. Alberto temía que los síntomas fuesen de una enfermedad más grave, deseaba que su corazonada fuese falsa, pero no había duda alguna, era la llegada de la influenza.

Sumergido entre el brote de la epidemia, Alberto vio enfermarse a muchas personas, poco a poco más niños de menor edad caían presa de esa cruel enfermedad, así como también la

¹ La influenza. Informe del Consejo de Salubridad en *El Ferrocarrilero*. 15 de febrero de 1890. No. 15.

² Jarabe de Labelonye en *El Boletín de Noticias*. 15 de julio de 1866. No. 1, p. 4. Este producto se utilizaba para curar las enfermedades del corazón, las hidropesias, las palpitaciones y opresiones nerviosas, el asma, los catarros crónicos, la bronquitis, la tos convulsiva, los estupos de la sangre, la extinción de la voz, etc.

³ La influenza, op. cit.

gente mayor, los jóvenes y los adultos; los síntomas eran más diversos cada vez, y aunque las autoridades exhortaban a las mayores precauciones, la epidemia avanzaba más. Las cifras de mortalidad ascendieron de 1416 del año pasado, a 2150 en este año de 1890, y aunque datos del registro civil atribuían esos decesos a la bronquitis, neumonía y tuberculosis, éstas eran las consecuencias de esa gripa⁴.

La recomendación capital era la de cuidarse de los enfriamientos durante la enfermedad y la convalecencia, sin embargo, para Alberto esto no bastaba para reducir al mínimo las muertes observadas por la enfermedad. Estas recomendaciones podían servir para la gente acomodada, pero no así para los pobres, sus habitaciones eran húmedas, frías, mal protegidas contra la intemperie... carecían de abrigos suficientes... y la escasez de sus recursos los obligaba a salir demasiado temprano, a recogerse muy tarde, a exponerse a los enfriamientos, y no tenían lo suficiente para comprar las medicinas⁵.

Alberto se sentía impotente ante estas circunstancias, la desesperación lo asfixiaba, la vida del pequeño Jesús se le escapaba entre sus manos, ¿a qué podía recurrir, si todos sus esfuerzos eran en vano?. “El de la once” veía caer a su amigo, cómo decirle que la muerte acechaba al pequeño, y no había nada por hacer, hasta él mismo se sentía impotente ante esa terrible epidemia.

Mariela entró repentinamente en la choza de madera, en sus manos traía los empolvados códices; ella los había guardado celosamente desde el día en que Alberto se fue de la casa de huéspedes. Mariela le entregó los códices, en los ojos de Alberto se dibujaba una leve esperanza de sanar al pequeño Jesús. Buscó desesperadamente un remedio, encontró curas para la tos, el estupo de sangre, la fiebre, el dolor del cuerpo, el catarro, entre otros; quizás resultaría difícil contar con los ingredientes requeridos para los remedios, pero lo intentaría.

“El de la once” se acercó a él y le pidió que guardara los códices, un aire tétrico acompañó aquellas palabras. Alberto se colocó a un lado del pequeño Jesús y vio un cierto color de humo percibido en medio de los ojos, el vértice de la cabeza frío, ojos ennegrecidos que relucían poco, la nariz afilada y como retorcida, las quijadas rígidas, la lengua fría, los dientes como cubiertos de polvo y sucios, que no podían moverse ni abrirse, y la cara pálida y

⁴ La influenza, op. cit.

⁵ La influenza. Informe del Consejo de Salubridad. (Concluye) en *El Ferrocarrilero*. 17 de febrero de 1890.

ennegrecida, que adoptaba una y otra expresión⁶.

La señora Ángela entendió la expresión de Alberto, todos guardaron silencio, los hermanos de Jesús salieron de la casa y lloraron sin parar, su mamá se mostró fuerte y aguanto sus lagrimas, Alberto abrazo a Mariela, quien lloró en silencio, y “el de la once” callado, dibujaba en su rostro el dolor, vio los ojos de Alberto, brillando de impotencia, la faz de su cara completamente rígida, como la de los guerreros que pierden una batalla ante un enemigo invencible, heridos en su corazón y desangrados en su alma.

Entre aves marías y padres nuestros, el pequeño Jesús fue conducido hacia su última morada, un lugar frío y tétrico, la señora Ángela, sus hermanos, “el de la once”, Mariela, y algunos vecinos asistieron al entierro; Alberto no tuvo tiempo de ir, se encontraba luchando en contra de esa plaga que se extendía cada vez más por las calles y casas, dejando sobre su paso dolor y muerte, ni siquiera la medicina prehispánica podía detenerla. En algunos casos las hojas de *teamoxtli* y *tlanexti* molidas en agua con el tallo de la juncia llamada *tolpatlactli* para curar la garganta; la raíz de *tlacoxiloxochitl* triturada en agua y mezclada con miel para la tos; y las diversas yerbas para combatir la fiebre⁷, daban resultado, pero el ambiente no podía cambiarse, eran el lugar ideal para el cultivo de la enfermedad y su propagación.

Aunque las autoridades se lavaban las manos en la cuestión higiénica al decir que de ellas no dependían la limpieza de las calles ni de las casas, pues era asunto de toda la población; cómo se les pedía a los pobres que no tuvieran caños de insoportable mal olor, cloacas construidas de manera torpe y mortífera, ¿cómo se les reprochaba a los propietarios de esos antros de infección y muerte?⁸, sino tenían otra opción donde vivir, no tenían los recursos económicos, es más ni siquiera las fuerzas para trabajar en labores de limpieza, y ni digamos del tiempo para hacerlas.

La solución no estaba en hacer cumplir el reglamento sanitario en la casa de vecindad y las habitaciones de la clase pobre... facultándose al Consejo de Salubridad y á la Obreroía Mayor para mandar á derribar las casas cuyas condiciones las hagan inhabitables, obligando á los

⁶ De la Cruz, Martín. *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*. Fondo de Cultura Económica / Instituto del Seguro Social. México. 1991.

⁷ Op. cit. Las yerbas para combatir la fiebre eran: *centzonxochitl*, *teoiztaquilil*, *aquiztli*, *tlanextia xihuitl*, *cuauhtlahuitzquilil*, *tonatiuh ixih*, *tlazotezacatl*, *mamaxtlanelhuatl*, *ocoxochitl*, *zacamatlalín* y el arbolito *tlanextia cuahuil*.

⁸ Salubridad y Acción Municipales en *El Municipio Libre*. 4 de febrero de 1888. No. 17.

propietarios á levantar nuevas construcciones conforme á los principios sanitarios, pues si... se aplicaba con severidad dicho sistema pocas casas se escaparían de la demolición⁹ ¿Cómo Alberto podía luchar contra la enfermedad?; era desalentador dejar cuerpo y alma, ganas y coraje, en ese campo de batalla, donde los resultados, aunque gratificantes, eran pocos, en comparación con las cruces alzadas en honor a la memoria de los caídos.

⁹ La Salubridad en México en *El Municipio Libre*. 3 de febrero de 1897. No. 29

2.3. El renacimiento del espíritu.

*El cuerpo existe, pero a la vez
no existe, es sólo un adorno
prestado para este mundo.*

La alegría volvió a los ojos de Alberto cuando se entero de la vida que se engendraba en el vientre de Mariela, no perdió tiempo para contarle la buena nueva “al de la once”. “El de la once” se encontraba adentro del consultorio, aseándolo y ordenándolo; no perdió tiempo alguno para felicitarlo, al escuchar la feliz noticia. Alberto notó algo raro en su amigo, sus ojos oscuros se opacaban, se veían envueltos entre un color rojo, tenía un fuerte dolor en la espalda, por donde se encuentran los riñones, y recordó verlo con fuertes cólicos y vomitar sangre.

“El de la once” clavó su mirada en él y sonrió, Alberto se percató del significado de ese gesto y le dio un fuerte abrazo, apretándole más allá de los huesos. Por las tardes, cuando no tenía pacientes que atender, acompañaba a su amigo a la pulquería, le invitaba unos tragos, y platicaban de viejos tiempos; el primer encuentro, la amistad entrañable, los sabios consejos. Repasaban el presente, su trabajo en el barrio, las diferentes enfermedades, la llegada de una nueva esperanza plasmada en el vientre de Mariela; pasaban varias horas, disfrutaban el instante, entregándose por completo.

Muchas veces Mariela no entendía el proceder de Alberto, pues él bien sabía que el pulque, la bebida preferida “del de la once” era adulterada con sales o mezclas, como el carbonato de cal o la cal viva, que se disolvían en éste, con el objeto de saturar el ácido acético proveniente de la fermentación¹. Alberto se notaba desatendido, hasta que en una noche en medio del chocolate y el pan de nata, ella le preguntó:

--- *¿No en tiendo tu proceder, sabes que le hace mal ingerir pulque, aún y cuando fuese de buena calidad, y sin embargo, lo invitas a la pulquería, acaso no te importa su vida? ---.*

Alberto acabó su pan y le dio el último sorbo al chocolate, se limpió sus labios, respiró hondo y contestó:

¹ El pulque. en *El Diario del Hogar*. 14 de febrero de 1882. No. 114.

--- *Si, tu sabes cuanto me importa su vida. En muchas ocasiones le pregunte lo mismo, él se reía y movía la cabeza, hasta que ese día, cuando supe lo de tu embarazo, encontré la respuesta en un sólo gesto suyo. Sabes, en ese momento aprendí a respetar la vida de las personas, si en verdad las quieres, debes dejarlas decidir su forma de vivir y también su forma de morir. Él quiere terminar así, sabía muy bien como lo llevaría el consumo del pulque, la inflamación en sus riñones, la dureza de su hígado, las nauseas, el vómito a veces con sangre, y sin embargo sigue firme, su actuar para con la vida no cambia, su semblante tiene un gesto de tranquilidad y en su mirar la luz se hace color ---.*

Mariela al escucharlo, sintió tranquilidad y entendió su forma de actuar, ella sabía, como él, que pronto la muerte batiría sus alas una vez más y en esta ocasión sería sobre ese personaje conocido como “el de la once”.

Alberto dedicó más tardes a su amigo, en una de ellas, cuando el ocaso del sol se reflejaba en las pupilas del “de la once”, éste le contó una historia aprendida por las calles antihigiénicas.

--- *“Cierta día, un viajero caminaba por el bosque, éste llevaba varios días sin comer, sus piernas ya no podían dar un paso más, entonces se desvaneció por completo; a su encuentro llegaron un oso, un zorro y un conejo. El primer animal al ver al viajero y confiado en su fuerza se encamino al río a cazar un pescado y obsequiárselo, el segundo animal basado en su habilidad trajo consigo un racimo de uvas y se las brindó, y el tercer animal sintiéndose inútil para conseguir alimento, se lanzó al fuego para ofrecerse a si mismo” ---.*

“El de la once” dijo que el conejo era justo como Alberto, él dedicaba sus esfuerzos por salvar a las personas de una enfermedad, y estaría dispuesto a dejar su vida entre esas calles, y estaba bien, pero su vida no se aprovecharía al máximo; el problema no se solucionaba con remedios indígenas, ni con mejoras sanitarias, la verdadera solución venía del corazón de Alberto.

Alberto escuchó callado, sin decir palabra alguna, en un sólo gesto suyo le comunicó “al de la once”, que él sabía perfectamente eso; Alberto podría curar a la mayoría de los enfermos con los remedios indígenas, y podría trabajar para mejorar la higiene en las casas y calles, pero para él, la salud no se reducía a eso solamente. Alberto no volvería a cerrar la visión de ésta, como lo hacían los spencerianos, los darwinistas y los cartesianos; la salud

significaba para él como el desarrollo de la persona, el cultivo de sí mismo, justo como las flores, plantas, árboles, ríos, estrellas, y el cosmos en general. Quizás Alberto no podría cambiar la situación precaria de las personas, pero lo que sí podría hacer era ayudarlas a bien morir, en las mejores condiciones posibles, que fueran conscientes de su enfermedad y como ésta los acabaría, con el más mínimo dolor, en fin, que disfrutaran los últimos momentos de sus vidas.

“El de la once” lo miró y sonrió, vio por primera vez ese rostro moreno sin ningún gesto de duda, quizás con un poco de temor, pero lleno de coraje y valentía, era un guerrero, lo llevaba en la sangre, no había duda.

--- Ya habia percibido esa actitud, desde la muerte del pequeño Jesús, y poco a poco la fui probando, y ahora veo con alegría en lo que te has convertido. Ya no tengo nada que darte, puedo irme tranquilo, sólo me queda agradecerle por tu amistad y dejarte por último mi muerte, espero que ella ayude a enriquecer tu experiencia ---.

Por el rostro de Alberto se deslizaron un par de lagrimas al escuchar las palabras de su amigo, “el de la once” había hablado con el corazón. Por la noche le contó a Mariela su último encuentro con “el de la once”.

Todavía pasaron el fin de semana juntos, vieron como las tradiciones se perdían en la feria de la Candelaria, la animación entre los comerciantes y los pobladores en ese continuo intercambio de las mercancía por los reales, era sucedido por los juegos de azar, las partidas se convertían en el objeto único y principal, y a ellas acudían no sólo los que se entregaban al vicio pernicioso del juego, sino las familias de sociedad también se convertían en adoradoras de Birjian², dieron una vuelta por la Alameda, vieron lo que hace poco era un bosque inculto, cuyos árboles amenazaban desaparecer por falta de cuidados, cuyos parterres y camellones sólo encerraban hojarasca y residuos vegetales, cuyas callecillas eran fiel imagen y copia exacta de los caminos carreteros, ahora se encontraba transformado. Ya los setos tenían flores, follaje los arbustos, arenilla los senderos, y vigor y lozania el parque; por todas partes se notaba una robustez en la vegetación, un cuidado en el ornato, un aseo que dejaba complacido al más exigente... listo para recobrar su rango y volviera a ser el centro el centro

² Crónica del día en *El Diario del Hogar*. 14 de febrero de 1882. Num. 114.

favorito de reunión y el lugar para la recreación de la sociedad³.

Fue la última vez que Alberto vio “al de la once”; a la semana siguiente, nadie supo de él, hasta que un domingo después de la misa de las once, se escuchó el rumor de que lo habían encontrado muerto cerca de ...

Alberto lo quemó muy cerca del lugar en donde lo encontraron. Mariela, y algunos amigos del vagabundo asistieron al ritual. Alberto decidió quedarse más tiempo, hasta ver la última ceniza del cuerpo de esa persona, más que un amigo para él. No pudo contener las lágrimas, ni lo quería hacer, porque para eso fue, para despedirse de su amigo; el viento esparcía las cenizas por el ambiente, el silencio se apoderó de aquel instante. Alberto lloraba en silencio, eso si era verdadero llanto, las lágrimas recorrían poca distancia antes de llegar al suelo, pues Alberto permanecía hincado, cuando de pronto escuchó el susurro de una voz entre el viento: --- *No llores por mí, porque yo estaré por siempre viajando libremente entre el viento* ---

³ La Alameda en 1885 tomado de *La Republica*. 14 de mayo de 1885, citado en Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen. *La Ciudad de México en el Siglo XIX*. Colección Popular. México. 1974.

2.4. La insanidad humana.

*En tu mente el poder guía tus movimientos,
en tu corazón la ambición bombea tu sangre,
eterno a través de las épocas, tu sed de
posesión aumenta sin cesar, leyenda carente
de todo escrúpulo, profesas la paz con tu
devoción hacia la impunidad.*

“México es una de las naciones de mejores condiciones para la salud, los mexicanos no nos cuidamos, porque no sabemos o no queremos, más bien, no tenemos tiempo por estar ocupados en asuntos de verdadera importancia!”¹; Alberto no sabía que pensar al leer esta clase de artículos en los periódicos, a veces se imaginaba a los articulistas redactando sus textos llenos de convicción y profesionalismo, ignorantes del otro México envuelto en la pobreza. Para ellos sólo existían la gente afrancesada, esa gente despilfarradora de grandes sumas de dinero en los galantes banquetes ofrecidos a la sociedad.

A su mente llegó el recuerdo de la última noche del mes de octubre, el doctor Alvarez lo llevó a una fiesta ofrecida por el secretario del Consejo de Salubridad, con motivos del cumpleaños de su hija. Alberto tomó palco; ante sus ojos apareció “la bailadora de tono”, alta, esbelta, ochenta metros de gasa, veinte de encajes, enorme cola de pavo real ondulando majestuosamente, pocas joyas, pero deslumbrantes, siete pulseras de diamante, guantes hasta el codo y penacho de rubies meciéndose sobre el peinado. Después notó a “la bailadora sencilla”, buena muchacha, que se ruborizaba, se embrollaba hasta para decir -si señor-, perdía el paso, se enredaba en su misma cola, se la pisaba, bailaba mecánicamente, sin hablar ni ver, y que después de una serie de desventuras, declaraba que se había divertido mucho. Siguió en el catálogo “la bailadora patarata”, traje estrecho, zapatos apretados, guantes ajustadísimos, cascadas de cabellos, se mordía los labios para hacer más chiquita la boca, desdoblaba el abanico con una uña, buscaba la distinción en todo, reía sin mirar, sonreía sin encanto, sólo por hacer algo. Después de presenciar a las mujeres de esa sociedad tan distinguida, pasó el turno de los honorables hombres. Ahí estaba “el bailarador pobre diablo”.

¹ La cuestión de higiene. en *El Nacional*. 16 de marzo de 1892. No. 213.

bailaba toda la noche, brincaba con furor, tomaba á su compañera asiéndola de toda la cintura, decia barbaridades, era la providencia de las mamás en disponibilidad y de las damas ex-bonitas, cenaba mucho y sacaba á bailar á las gordas más rollizas, era capaz de brincar hasta con la torre de Catedral ó con las pirámides de Teotihuacan. Tocó turno “del bailador melenudo”, se inclinaba sobre su compañera como los llorones sobre los sepulcros, bailaba muy deprisa echando su cabeza hacia atrás para sacudir su melena, sudaba como un árbol resinoso, respiraba como una locomotora. Continuó “el bailador universal”, el “mole” de todas las fiestas, iba sin que le convidaran, iba quien sabe cómo, pero iba, sólo se ocupaba de buscar invitaciones, “solo en la batalla de Tecuac no encontré á ese caballero”, le dijo un general a Alberto. Para finalizar, no faltó “el bailador desgraciado”, brincaba como compás, pisaba los pies de una señora y le decia: ud. perdone, se enredaba en la cola de una mamatrona y le gritaba: “¡que bárbaro!”; tropezaba con los mozos que repartían refrescos, se recargaba de una puerta contra un marido que observaba como bailaba su mujer, emprendía conversación con él y le decia: --- que vieja tan ridícula aquella---, ---es mi esposa, señor, contestaba mostazado el infeliz aludido ---.

En fin esa noche, Alberto conoció todo de esa sociedad y sus ensayos de nación moderna. “La señora que se divertía” pequeña, gordita, trajes económicos, remendados y retocados sin cesar, que abrazaba á todas las señoras y las besaba, que contaba siempre las enfermedades de sus niños, los cólicos de su tía, ó el histérico de su suegra, que bebía y comía por dos, y se iba cuando se apagan las velas sin dejar de llevar pastelitos para los chicos. El hombre que trataba de casarse, el encanto de las ancianas ó de las que se están pasando, esperando atrapar un dote, servil, financiero y calculador, que hablaba poco y miraba con ojos de carnero degollado; la señorita que buscaba marido, la que siempre decia que no quiere casarse, vestida de manera excéntrica, franjas de plata, bordados de oro, plumas, joyas, cada moño es un balazo, cada mirada una flecha, cada sonrisa un cañonazo, de repente se volvía romántica y suspiraba. Y por último, la pareja de enamorados metidos en su mundo, mientras lo demás ¡que les daba!...²

Alberto no podía evitar sentir pena por esas personas, aún y con toda su riqueza estaban más perdidos que la gente pobre, ¿ que significaba la salud para ellos?

² Charla de los domingos. en *El Monitor Republicano*. 7 de septiembre de 1879. No. 25.

Hoy día, la higiene de la ciudad no había cambiado en nada, a ellos también les afectaba, teatros en pésimas condiciones, plazuelas que huelen muy mal, industrias que deberían estar fuera de la población, depósitos de materia dañosa a la salud³. Todavía había quienes decían que esto no era cierto, pues con la construcción de atargeas se habían podido hacer comunes y albañales en las casas, suprimiendo el uso de las pipas nocturnas. La mayor parte de las calles estaban pavimentadas con adoquines de piedra, de madera, de asfalto o simplemente empedradas a la antigua, asumiendo un aspecto de hermosura y limpieza casi perfecta comparada con el que tenía hace 50 años. En muchas plazuelas se habían formado jardines que alegraban la vista y halagan el olfato, impregnando la atmósfera con el oxígeno que despiden. Se había aumentado el arboleado, así en el interior de la Ciudad como en sus alrededores, principalmente en los pueblos circunvecinos. Se habían desecado la mayor parte de los pantanos que rodeaban a la población y se había hecho desaparecer la laguna de Romita. Estaban seguros de que rara era la familia por pobre que fuese, que no tuviera cama, mesa y algunas sillas, gracias al aumento de los salarios y la seguridad de trabajo que proporcionaban las fábricas establecidas por la política económica abierta al capital extranjero, además, aunque se dijera lo contrario, las habitaciones para la gente pobre habían mejorado en comparación de muchas que habían antes⁴.

Se debía recomendar a esas personas darse una vuelta por las calles del otro México, donde los avances en materia higiénica brillaban por su ausencia, debida quizás al trabajo fuerte y abundante de las autoridades sanitarias; o tal vez a que en sus planes no entraban las casas, la salud y la vida de la gente pobre que habitaba entre la suciedad, la enfermedad, la pobreza, la injusticia y la muerte. Ésta era la respuesta que Alberto no quería encontrar, sin embargo, las acciones de las autoridades sanitarias no dejaban ver otro indicio de una respuesta diferente.

El Consejo de Salubridad había expedido los reglamentos de bebidas, alimentos, carnicerías y otros más, pero no se sabía cual era el resultado de sus pesquisas, ni mucho menos se daban á conocer ni los autores de los fraudes ni las penas que se les aplicaban. Se sabía perfectamente que existía una inmensa cantidad de comerciantes de mala fe, que sin escrúpulos de ninguna especie ponían á la venta toda clase de efectos manufacturados con

³ La cuestión de higiene. opcit.

⁴ La insalubridad en México. en *El Municipio Libre*. 15 de junio de 1892. No. 139.

sustancias nocivas para la salud. Con el ganado porcino sucedía que no se realizaba la adecuada inspección para detectar el “mal rojo”, los cantineros seguían expendiendo licores confeccionados con mezclas de sales y ácidos que producían terribles sufrimientos, y por si fuera poco el tabaco se mezclaba con algunos vegetales que estaban muy lejos de producir buenos resultados para la salud⁵, como el encontrado por del Dr. García en la aplicación de la infusión del tabaco en las obstrucciones intestinales⁶.

Alberto mismo había comprobado los resultados de este método, el caso más reciente fue el de Fabián, un joven de 23 años aproximadamente. Fabián había terminado sus estudios de Jurisprudencia y mediante sus buenas relaciones se colocó como parte de la Comisión de Asuntos Jurídicos del Consejo Superior de Salubridad, la cual se encargaba de despachar los negocios relacionados con la Jurisprudencia y asesoraba á las demás Comisiones en las aplicaciones dudosas de las leyes⁷.

El famoso Consejo Superior de Salubridad, el máximo órgano encargado para salvaguardar la salud de los mexicanos. Asombrado por el trabajo realizado por Alberto, Fabián varias veces le propuso formar parte de este cuerpo, pues sus propuestas podían encontrar eco entre ellos y tener un impacto nacional. Alberto siempre le decía: --- *Estaría bien, déjame pensarlo* ---; pero muy en el fondo sabía que si formaba parte de ese digno órgano, su trabajo se vería impedido y hasta cierto punto restringido. Seguramente tratarían de comprar su conocimiento, de seducirlo con lujos, comodidades y riqueza, lo sacarían de su humilde consultorio y lo nombrarían director de un hospital privado, donde no haría nada, solamente atender jaquecas de las damas de la alta sociedad y escuchar sus aburridas pláticas.

No, esas cosas eran demasiado, Alberto prefería cuidar a los pobres y responder la pregunta que los afrancesados se formulaban una y otra vez: ¿qué hacemos con los pobres?⁸. Además a él le gustaba trabajar, palabras desconocidas para esa alta elite sanitaria. Aunque desde la formación del Consejo de Salubridad se mostró verdadera fe en su futuro trabajo, las

⁵ Boletín.

⁶ Sociedades científicas. Sociedad de Ingenieros y Arquitectos. en *El Nacional*. 1º de febrero de 1893.

⁷ Trabajos ejecutados por El Consejo Superior de Salubridad. en *El Municipio Libre*. 6 de septiembre de 1896. No. 210

⁸ Esta cuestión de que hacer con los pobres revoloteaba junto con las miasmas en la Capital, algunos se sentían con la obligación de ayudarlos como un acto de caridad o prestigio social, mientras otros los condenaban y proponían la exterminación de esa enfermedad social. Para ahondar en el tema puede consultarse *La pobreza en México* de Moisés González Navarro. El Colegio de México. México. 1985.

personas poco a poco perdían las esperanzas; de que servía que las mismas personas coadyuran a las autoridades en la defensa de su salud, si no eran atendidas sus quejas, y no precisamente por demasiado trabajo.

Un día por curiosidad Alberto visitó el edificio donde residía el Honorable Consejo de Salubridad, y como él lo esperaba no hubo sorpresa alguna. Conforme a su reglamento, el Consejo de Salubridad estaba encargado de cumplir con las prescripciones del Código Sanitario y de los reglamentos que de él emanarán, abarcando en lo que se refiere a la Higiene de la Capital, luego entonces todos los empleados del Consejo deben ocuparse todo el día en sus labores, y es así como la Capital seguía con sus basuras y sus mercados indecentes, con su prostitución descarada, con sus bebidas y comestibles adulterados, con sus casas de vecindad hechas un asco y con los lugares de reunión como teatros, iglesias, etc. descuidados⁹.

Todavía había gente a quien se le ocurría decir que entre nosotros no se había llegado todavía á esas grandes mistificaciones de las capitales Europeas, en donde las cocinas de muchos restaurantes y muchas fábricas de comestibles y bebidas son verdaderos laboratorios químicos en donde se operan toda especie de transformaciones, decían que algo había de eso y convenía prevenir el mal y extirparlo desde sus raíces antes de que adquiriera vigor y se convirtiera en un estado de cosas poderoso, organizado y hasta admitido por las costumbres¹⁰.

Esencialmente el Consejo constaba de: un Presidente, de cinco vocales médicos-cirujanos, de un vocal médico militar, de un veterinario, de un farmacéutico de un abogado, de un ingeniero, de un secretario general y de distintos empleados subalternos. Además de una inspección de bebidas y comestibles, con sus respectivos químicos analizadores. La pregunta obligada hecha por Alberto era: ¿dónde están?. El Sr. Liceaga, que era el presidente, como tenía tantos enfermos, como era el Director de la Maternidad, director de una compañía de seguros, profesor en la Escuela de Medicina, sólo dedicaba algunos segundos á su trabajo en el Consejo. Los vocales, por su parte, eran los hombres mimados de la plétora presupuestivora y los monopolizadores de empleos, el más jodido tenía por lo menos dos empleos. El Dr. Orvañanos mal puede cumplir cuando es profesor en la Escuela de Medicina,

⁹ El Consejo de Salubridad. en *El Demócrata*. 20 de febrero de 1895. No 113.

¹⁰ El Consejo de Salubridad. en *El Municipio Libre*. 9 de junio de 1892. No. 134.

empleado del Instituto Médico, atendía enfermos, iba y venía de la clínica al hospital. Los hermanos Ramírez Arellano una calamidad. El portentoso don Luis E. Ruiz, director del hospital Juárez, profesor de la Escuela de Medicina, profesor y consultor en la Normal de Profesoras, Regidor de Instrucción Pública, y tenía su clientela de enfermos. Por último el Secretario General, llegaba á las diez ó las once á su oficina, nunca se le veía en las tardes, y como él tiene que acordar con las comisiones las penas que deben imponerse por faltas de higiene y los demás asuntos requeridos, pues nunca se llevaban á cabo, debido á su ausencia en su oficina en las horas útiles del día. En cuanto a los químicos de la Inspección de bebidas y comestibles, Alberto vio a un reportero del Universal que anduvo por quince días tras ellos y no les pudo dar alcance. Ese Consejo en verdad era una pena o más bien una cueva de ladrones, pues éste estaba encargado de imponer penas, pero al tener libertad en ejercer sus profesiones las personas que lo formaban, ¿ se podía ser juez y parte en causa propia? Por ejemplo, Don Fernando Luna y Drusina, químico del Consejo, tenía su botica y respondía por dos ó tres droguerías¹¹, en esos establecimientos, ¿se actuaría con forme a la ley? Era una buena pregunta a la cual Alberto ya tenía su respuesta y no era muy alentadora que digamos.

¹¹ El Consejo de Salubridad. en *El Demócrata*. 20 de febrero de 1895. No. 113.

2.5. La ciencia indígena.

Él tenía una flor entre sus manos, entonces uno de sus discípulos se paró frente a él, preguntándole: ¿quién es Dios? Y la flor floreció.

Con el viejo anuncio en las manos, Alberto se encaminó hacia la casa de su padre, Mariela le había suplicado ir a verlo pues éste se encontraba muy enfermo del corazón. Alberto entró a la casa, había muy pocos cambios desde su partida hace más de 10 años; en la cocina estaba Mariela luciendo bellamente su embarazo, y Susanita, la señora que se encargaba de la limpieza de la casa y el cuidado de don Agustín.

Alberto golpeó suavemente la puerta, y una voz frágil y descompuesta le respondió: --- *adelante* ---. Su padre mostraba las consecuencias de una vida dedicada a la avaricia, la ambición y la corrupción. Don Agustín había desarrollado una enfermedad en el corazón, la punta de su lengua y de su nariz estaban rojas, sus ojos sin rastro alguno de luz, la piel pegada a su esqueleto, dolor en los riñones, obstrucción intestinal, opresión en el pecho que le dificultaba respirar, entre otras cosas, pero sobre todo, la oscura flama de su vida extinguía dolorosamente el fuego de su existencia. Alberto sacó el viejo códice, y llamó a Susanita, encargándole una raíz de *tlatlacotic*¹ para aliviarle la opresión del pecho. Las hierbas *tetlahuilit*, *teoiztaquilitl*, *tzizicton*, *tlatlaolton*, *ayauhtli*, *itzcuinpahtli*, *huacalxochitl* y *papaloquilitl*, piedra pómez, tierra blanca, una semilla y la piñeta de ciprés, para el dolor del pecho². Para el dolor y el calor del corazón mandó traer hierba *nonochton*, oro, ámbar, *teoxihuitl*, *chichiltic tapachtli*, *tetlahuilit*³, la raíz de *tlacacamohitli*, perla blanca, cristal, esmeralda muy verde, berilio, y piedra *xiuhtomolli*, con *acamallotetl*⁴.

¹ Esta raíz era lavada en agua caliente y luego macerada, el paciente tenía que beber un poco del jugo obtenido, para vomitar y arrojar lo que le constriñaba.

² Las hierbas *tetlahuilit* y *teoiztaquilitl*, junto con la piedra pómez y la tierra blanca se molían en agua, y se quemaban con piel de león. Se bebía el jugo y se untaba en el pecho con el líquido sacado con los otros ingredientes del remedio.

³ Estos se quemaban y se molían y se daban en agua, además se necesitaba corazón quemado de venado, para el dolor del pecho.

⁴ Se hacía una porción en agua con todos los ingredientes molidos con espigas provechosa para el calor del corazón.

Don Agustín, le dijo a Susanita:

--- No le hagas caso a mi hijo, mejor déjanos solos ---.

--- Tu puedes quedarte Mariela, lo que enseguida voy a contarle a mi hijo, debí decirselo hace tiempo ---.

Don Agustín clavó la mirada en su hijo, cada palabra salida por sus labios estaba impregnada de misterio, Sólo se escuchaba la voz del “gachupín” y las respiraciones de Alberto y Mariela.

--- Los códices llenos de remedios indígenas pertenecieron a una bella princesa mexicana, Saylin. Tiene como 29 años cuando vi por vez primera esos ojos oscuros brillantes como la noche, su piel morena, el cabello negro que le colgaba hasta la espalda, su cuerpo dócil y fuerte, pero sobre todo ese espíritu inquebrantable que hablaba con los espíritus de la madre naturaleza. Yo había oído hablar de un sacerdote indígena quien curaba toda clase de enfermedad, así que me apresure a su encuentro; ahora creo que no era mi inquietud lo que me llevo hasta ese lugar místico, sino que fui guiado por las estrellas, ese era mi destino. Saylin se encontraba preparando el temazcal, un baño de vapor a base de te de hierbas, ella me condujo hacia su padre, un hombre fuerte en cualquier sentido; tu madre nos sirvió para comunicarnos, ella hablaba un poco el español. El tiempo se nos fue demasiado rápido, yo le comuniqué de mis inquietudes por aprender su ciencia, el padre de Saylin permaneció callado por varios minutos, y me dijo que esa ciencia no era para mí, pero que de cualquier forma me la enseñaría, no por mí sino por el ser que pronto llegaría, se refería a ti. Tu abuelo me preparaba para algo y no era precisamente para ser un curandero, mientras entre Saylin y yo nacía una unión, nos estábamos enamorando. Su padre se había dado cuenta de nuestra relación, pero no decía palabra alguna, así que cierta tarde hable con él y le pedí su autorización para tratar a su hija, él me miró fijamente e inclinó la cabeza aprobándolo ---.

--- El poco tiempo que compartí con tu madre fue maravilloso, nos sentábamos a la luz de la luna, escuchábamos el canto de los animales por la noche, mirábamos el cielo y las

estrellas, mientras ella hablaba de cosas incomprensibles en ese momento para mí, y sin embargo, hacían vibrar cada fibra de mi corazón. Saylin decía que el verdadero significado de la vida, no se reducía a sus dioses o en sus rituales, sino en la armonía para con la madre naturaleza, el lugar que uno ocupa en el cosmos. La humilde relación con la vida, tomar lo que ella generosamente nos da, y compartirlo con los demás, trátase de plantas, árboles, animales, rocas, ríos o nubes. Hacerse uno con los espíritus de la madre naturaleza, sentir su respiración, escuchar sus enseñanzas y tener respeto por la vida. Entonces le cuestioné el por qué de los sacrificios humanos para apaciguar la ira de sus dioses, y ella me contestó que para ellos no era un sacrificio el ofrecer sus vidas a los dioses, fue entonces cuando comprendí el honor de su sangre guerrera y su concepción de la muerte ---.

--- Nuestras vidas parecían fundirse y hacerse una, sin embargo, la guerra de castas sólo permitió un fruto de nuestra relación, el pequeño ser nacido de una extraña combinación, de la vieja Europa y de la incomprensible cultura indígena, tú, el pequeño Alberto. El proyecto de exterminio de la raza indígena estaba dando resultado, se les había despojado de sus tierras y se les había confinado a una vida de esclavitud en las más pésimas condiciones y malos tratos⁵. Quines oponían resistencia y se negaban a trabajar en las haciendas o en las minas, se asentaban en terrenos muy inseguros, expuestos a enfermedades nuevas y peores traídas por las personas civilizadas del viejo continente ---.

--- Los indígenas eran los primeros en hacer frente a las terribles epidemias, aún y con sus remedios muy pocos eran los que lograban salvarse. Tu abuelo, se esforzaba por salvar a su gente pero era en vano y él mismo fue presa del tifo, y en sus últimas horas me pidió cuidar de su hija y de la frágil vida llevada en sus entrañas. Llegamos a la casa de mis padres, ellos no aceptaron mi relación con Saylin y nos hacían la vida imposible. Saylin no parecía inmutarse por los desplantes de sus suegros, para ella sólo existíamos nosotros ---.

--- Llegó el día de su alumbramiento, la llevamos al hospital, todo parecía marchar bien, pero el parto se complicó, nunca me dijeron la causa; recuerdo que mi padre habló antes con el doctor quien iba a hacerse cargo del alumbramiento, después de eso empezaron los problemas. Saylin no decía nada, sólo me pedía que no la dejara sola y que si algo pasaba,

⁵ González Navarro, Moisés. *Sociedad y Cultura en el porfiriato*. México. CONACULTA. 1994.

no me preocupara por ella, que en esos momentos lo más importante eras tu ---.

--- Mi padre insistió en dejar todo en manos del doctor, pero yo no cedí, me quede a presenciar el alumbramiento. Hubo mucho dolor, tuvieron la necesidad de abrirle el vientre pues el niño estaba mal colocado; Saylin soportó todo, te cobijo entre sus brazos y lloró de alegría, sabes, se estaba despidiendo de ti, el doctor me dio la fatídica noticia, la tome entre mis brazos y le jure educarte lo mejor posible, me miro fijamente y sonrió, después tuve que bajarle los párpados ---.

--- Ahora se que no lo hice tan mal, eres todo un guerrero, el espíritu de ella siempre esta contigo, parece guiarte a través de tu camino; trate de crear en ti un espíritu fuerte, pero al ver que tu no eras así, me desesperé y fui seducido por la ambición y la avaricia. Esa fue la razón por la cual el padre de Saylin me dijo que esa ciencia no era para mí, mi espíritu era débil, yo tenía una equivocada concepción de la fortaleza; fui el pretexto para que esa ciencia llegara a ti, pero no confíe en mí ni en ti ---.

--- En este momento puedo estar tranquilo, se que en verdad se debe tener un corazón valiente y fuerte para ser un guerrero, pero un corazón noble también es necesario para luchar, sobre todo en esta época, llena de suciedad ambiental, social, moral y espiritual. Hijo ha llegado el momento de despedirnos, sólo me queda decirte que siempre hay esperanza en lo perdido, incluso si se resucita de lo muerto ---.

Un paro cardíaco terminó con la vida del "gachupín", Alberto incinero el cadáver de su padre y esparció sus cenizas en las ruinas de la gran Tenochtitlan; un mes después Mariela daba a luz a una pequeña niña, Alejandra.

2.6. La salud en las vísperas del nuevo siglo.

*Siempre habrá esperanza en lo
perdido, aunque se resucite de lo
muerto.*

A. HUIZAR.

Faltaban pocos minutos para la medianoche, lo indicaba un hermoso reloj de péndulo con finos acabados en plata, colgado en la recámara de Alberto. Afuera de la casa, el viento soplaba tranquilamente a pesar de la amenaza de una revolución a principios del nuevo siglo; las calles parecían perder sus olores pestilentes y sus restos de basura, Las tres últimas semanas del mes de diciembre estuvieron llenas de fe y esperanza, se celebró un año más la aparición de la virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac ante Juan Diego, se recordó el nacimiento del niño Jesús y su palabra santa, y se prepararon las festividades para recibir la llegada del nuevo siglo, el año 1900.

Alberto estaba sentado en la cama, abrazando a su pequeña hija de escasos 3 meses, Mariela se estaba bañando, la cena estaba lista, un poco de carne de carnero, una ensalada de vegetales, y un pan de manzana. Alberto se levantó dirigiéndose hacia la ventana ubicada un metro al lado derecho de su cama, llevando consigo a Alejandra; echó un vistazo a la calle, había niños jugando y tronando cohetes, los señores brindaban con mezcal y pulque, y las señoras cocinaban los frijoles y sudaban al hacer las tortillas de maíz en un enorme comal calentado por leña.

Las últimas palabras de su padre llegaron a sus oídos, Alberto pensaba si en verdad habría un poco de esperanza para la gente pobre, la cifra de la mortalidad hasta 1892 se había triplicado, a pesar de las mejoras higiénicas que algunos aludían y que ponían a México a la altura de las Capitales extranjeras¹, si esto era cierto, eran necesario encontrar las razones por las cuales la gente moría.

Al Consejo de Salubridad no parecía importarle en lo más mínimo las causas de la mortandad, sólo se concretaba en formar comisiones, como la de Asuntos Federales encargada de estudiar los asuntos relacionados con la sanidad marítima. Las dos comisiones

¹ La insalubridad en México. en *El Municipio Libre*. 17 de junio de 1882. No. 141.

de Habitaciones que revisaban los informes de los inspectores sanitarios sobre las condiciones higiénicas de las casas. La comisión de Fábricas e Industrias, quienes visitaban los establecimientos cuyos propietarios solicitaban licencia para abrirlos y decidían si se les otorgaban o no. La comisión de Boticas que ejercía constante vigilancia sobre los expendios de medicina. La comisión de Inhumaciones, Exhumaciones y traslación de cadáveres, quienes vigilaban que los cementerios se conservaran en las mejores condiciones para la higiene y todo lo relacionado a ellos. La comisión de epidemiología encargada en la atención de las enfermedades infectocontagiosas, los cuidados de los enfermos (su aislamiento en la casa si era posible, las desinfecciones de las ropas, de sus deyecciones y de los excusados o caños) y rendían sus informes al consejo y a las comisiones de habitación. La comisión de Veterinaria encargada de la inspección de rastros, establos, zahurdas y todo aquel lugar en donde hay aglomeración de animales, lo relativo a expendios de carnes y las procedentes de fuera de la Capital. La comisión de Alimentos que practicaba visitas generales a los establecimientos comestibles o bien recogiendo muestras de las sustancias alimenticias para su análisis redactando el expediente correspondiente. Y la comisión de la Vacuna cuyo trabajo se remitía a promoción y aplicación de las vacunas².

Un arduo trabajo, que hasta ahora no había dado resultado o por lo menos había dejado algún rastro suyo, a pesar del Congreso general de ciencias médicas denominado “Segundo Congreso Médico Mexicano”. En el Congreso tomaron parte los médicos, farmacéuticos, veterinarios e ingenieros sanitarios residentes en la Republica Mexicana, celebrado los días 5,6,7 y 8 de noviembre de 1894, donde se abordaron los temas de Anatomía y Fisiología, Medicina Interna, Cirugía general, Sifilografía, Neuropatología y Psiquiatría, Oftalmología, Cirugía de las vías urinarias, Terapéutica y Farmacología, Obstetricia y Ginecología, Higiene y Bacteriología, Medicina legal, Farmacia y Veterinaria³.

Conocimientos que no salía de ese grupo monopólico, aun y cuando se tuvieran las mejores intenciones de difundirla entre la población. Si no fuera indignante, sería gracioso, eso pensaba Alberto, pues cómo era posible que el Consejo de Salubridad creara un Boletín, aunque este fuese modificado para difundir entre las masas sociales los preceptos de la

² Trabajos ejecutados por el Consejo de Superior de Salubridad. en *El Municipio Libre*. 6 de septiembre de 1896. No. 210.

³ Bases para el Segundo Congreso Médico Mexicano. en *El Monitor Republicano*. 1894.

higiene, por medio de artículos pequeños, escritos en estilo vulgar, para que estuvieran al alcance de todas las inteligencias y pudieran ser leídas por todo el mundo, además de incluir en cada número un resumen de los trabajos ejecutados por las Comisiones, por los Inspectores Sanitarios y los que se ejecutan en los laboratorios, en fin, los artículos eran escritos por todo el personal científico que formaba el Consejo⁴. Una brillante idea, pero con un pequeño inconveniente, si se tomaba en cuenta que la mayor parte de la población mexicana no sabía leer ni escribir, y si se le sumaba que con una deficiencia de buena oxigenación el cerebro no podía poner atención; lo único que Alberto podía pensar eran dos cosas: que aquella información estaba destinada a otro tipo de gente, o que había una completa ignorancia del otro México hundido en la miseria. De cualquier forma la conclusión era la misma.

El péndulo del reloj continuaba con su paso y devoraba sin piedad los segundos, llegó hasta la memoria de Alberto algunos fragmentos del discurso emitido por el Sr. Dr. D. Eduardo Liceaga el 15 de Septiembre de 1896 en la ciudad de Búfalo. Discurso dirigido a elogiar el trabajo realizado por la Asociación Americana de Salubridad y agradecer por permitir formar parte entre sus filas a los profesionales mexicanos dedicados a la salud. Ahí el distinguido doctor elogió la excelente administración del Gral. Porfirio Díaz, que desde hace 20 años hacía reinar la paz, con su bienhechora influencia se cultivaban los campos, se trabajaba en los talleres, se abrían las escuelas y se sentía en todas partes la necesidad de vivir. Se remarcaron los elogios hacia el Código Sanitario Mexicano por la Asociación Americana, el trabajo conjunto de los científicos de Estados Unidos, Canadá y México, los médicos que estaban en contacto con todas las clases sociales, que estudiaban día tras día todas las enfermedades, que escudriñaban sagazmente las causas que las han producido, investigaban cuales eran los alimentos y las bebidas que perjudicaban la salud, de que manera influían en ésta las habitaciones mal sanas, las calles mal pavimentadas, la imperfección de los conductos de desechos, la impureza de las aguas potables, que investigaban de que manera se comunicaban las enfermedades transmisibles, por el agua, por los alimentos, por las ropas contaminadas de deyecciones, por el contacto inmediato ó mediato de los enfermos con los

⁴ Trabajos ejecutados por el Consejo de Superior de Salubridad. en *El Municipio Libre*. 6 de septiembre de 1896. No.210.

sanos. Hasta propuso ante la Asociación una nueva forma para atacar las epidemias, ésta tenía que ver con el aislamiento, pues argumentaba que no debía ser igualmente riguroso para todas las enfermedades. Por ejemplo, el aislamiento de difteria tenía que ser absoluto y completo, ya que el germen estaba en la nariz, en la faringe, salía con la secreción nasal, con la saliva, con las secreciones de la laringe que podían ser proyectadas á distancia y contaminar todos los objetos de los enfermos, en contraste con la fiebre tifoidea en que solo las deyecciones intestinales y renales conducían el germen que había de producir el contagio, el aislamiento debía ser menos riguroso; de igual manera, la manera de la desinfección debía de ser diferente, para la difteria se necesitaba desinfectar cuanto había podido contaminar las excrecencias del enfermo, cualquiera que fuese la vía por donde salieron, mientras para el cólera se debían desinfectar únicamente las deyecciones y lo que ellas habían manchado⁵.

Sólo faltaban escasos segundos para la llegada del nuevo siglo, y mientras los hombres de ciencia de la Ciudad de México elogiaban sus políticas sanitarias, se seguía observando las mismas inconformidades de hace 15 años en el trabajo del Consejo de Salubridad; ya que se mostraba celoso en ciertos asuntos, bueno sería que se ocupara de nombrar á personas aptas e inteligentes que continuamente vigilaran todos los establecimientos públicos de víveres y comestibles, los cuales, en la mayor parte de ellos, se vendían adulterados, causando inmensos males á los consumidores en la salud⁶.

Pues para precaver á los habitantes de una población del peligro de las enfermedades y de las acechanzas de la muerte, se debía procurar beber aguas sanas y limpias, respirar aire puro y alimentarse con sustancias nutritivas. Sin embargo, la vida en esta populosa ciudad estaba sujeta a peligros como aspirar incesantemente el aire infecto y alimentarse con sustancias, falsificadas por el afán insaciable y criminal de lucro de los comerciantes⁷.

Alberto ni siquiera podía esperar algo nuevo en la ciencia nueva llamada Psicología, pues ésta era usada como una forma de represión y descalificación social, una oportuna disciplina que justificaba la teoría de las diferencias entre las razas y su explotación, y olvidaba el encuentro de una explicación a la vida de la gente, excluida entre su objeto de estudio.

⁵ Congreso de Higienistas. en *El Municipio Libre*. 4 de octubre de 1896. No. 233.

⁶ Al Consejo Superior de Salubridad. en *El Grito de la Verdad*. 14 de febrero de 1885.

⁷ Salubridad Pública en *El Nacional*. 17 de marzo de 1887. No. 214.

Los festejos daban la señal de la llegada del nuevo año, las familias reunidas celebrando un año más de vida y deseando llegar al próximo gozando de buena salud; Mariela lo llamó para cenar, Alberto echo un último vistazo por la ventana y después se dirigió a la mesa, seguía abrazando a su bebe, junto con un pensamiento:

— Un niño es la esperanza de una vida que puede ser vivida de otra manera, quizás yo no pueda cambiar el concepto de la salud en esta gente, lo único que puedo hacer es sembrar la semilla del cambio en las futuras generaciones, dejarlo en la vida de ella —.

CONCLUSIÓN.

El ser humano es un microcosmos a cultivarse por una vida sin odio, ni miedo, ni hambre, ni peste, lleno de amor, paz, serenidad y paciencia para reencontrar el camino a casa.

1. La intención del presente trabajo fue realizar una reconstrucción histórica que permitiera comprender la situación del sistema sanitario en la sociedad de la Ciudad de México en los años de 1880 a 1899. El objetivo del trabajo se cumplió, la reconstrucción histórica realizada, no sólo permitió ver la forma en que se construyó el sistema sanitario de las dos últimas décadas del Siglo XIX, sino también comprender la crisis del sistema sanitario en nuestra actual población de la Ciudad de México del año 2000.

2. En la primera parte del trabajo se investigó el concepto de salud dominante, la lucha por el desempeño profesional en el campo de la salud, el principal profesional de la salud, los conocimientos que formaban al profesional sanitario, las carencias del modelo de salud empleado por los profesionales sanitarios, y el mundo subjetivo de la ciencia médica representado por el romanticismo.

El concepto de salud estaba influido por conocimientos científicos extranjeros, la salud era vista bajo el esquema mecanicista de Descartes y el pensamiento positivista de Comte. La salud fue reducida al buen funcionamiento de la maquinaria orgánica que dependía de las bacterias y de la higiene. Al darle un carácter científico a la salud, fue necesario tener profesionales formados con una educación científica quienes se encargaran de brindar servicio a la población y acabar con las personas que se dedicaban a curar malestares basados en conocimientos empíricos. Esto originó una fuerte discusión entre dos bandos: quienes apoyaban la propuesta de exigir un título que garantizara la calidad del servicio sanitario contra quienes defendían la libertad de ejercer cualquier tipo de profesión basados en conocimientos empíricos. El tema de la calidad en el servicio pasó a un terreno diferente, se convirtió en una guerra por desprestigiar y descalificar a todo tipo de personas dedicadas a curar gente sin ningún tipo de título. Era una lucha en donde se jugaban intereses propios, entre instituciones que estaban reconocidas por el gobierno e instituciones privadas, quienes se disputaban el campo de trabajo de los profesionales de la salud que formaban, mientras la

calidad en la salud de las personas seguía sin aparecer.

Entre los profesionales de la salud surgió la figura del médico como el principal profesional encargado de velar por la salud. El médico era visto con mucho respeto y como un digno modelo de vida. Aunque la formación del médico estaba basada en la biología, la química y la física; las descripciones patológicas estaban impregnadas con juicios de valor, además la moral religiosa cruzaba la vida del médico. Bajo éstas circunstancias el médico no brindaba calidad en su servicio; descalificaba a su pacientes, ejercía un servicio excluyente, se introducía en la vida privada del paciente para controlarlo biológica, social y moralmente, dictando su estilo de vida.

A pesar de sus esfuerzos, el servicio médico no podía evitar el número elevado de suicidios en la población joven, sobre todo en las mujeres de la Ciudad de México. El modelo médico era incapaz de comprender la problemática que llevaba a la mujer a cometer un suicidio. Era claro que los medicamentos no solucionaban los problemas que enfrentaban las mujeres, el estilo de vida que se les exigía era muy duro. Era mucho martirio pedirles una figura estética, el papel abnegado, la condición biológica a la paciencia y sumisión, la educación de los hijos y la protección con su vida de la honra de su esposo. Ni siquiera los sacerdotes podía evitar el sufrimiento de las mujeres. Las condiciones en donde la mujer se sumergía necesitaban otra visión que se introdujera en sus emociones y no sólo la viera como una enferma.

Una opción en donde sumergirse fue el romanticismo, un pensamiento en el cual la mayoría de la gente se engancho, para evitar el vacío emocional que el positivismo les forjaba. Ni siquiera el médico escapó a sus redes. El médico era el personaje más romántico, sus descripciones patológicas estaban basadas en juicios de valor, su modelo de vida se regía por la formalidad y el respeto, el médico era soñador, se sentía el héroe que lograba acabar con las bacterias y protegía la salud de las personas. El médico también se veía en la necesidad de sufrir para merecer la felicidad, se sacrificaba por los demás hasta olvidarse de su vida emocional. Su profesión era su único motivo para seguir viviendo, y sin duda alguna arriesgaba su vida sin importarle perderle, moriría con honor y orgullo.

La información expuesta en el primer capítulo nos permite concluir que los esfuerzos por darle un carácter cientificista a la salud se debieron a intereses ajenos a ella. Se buscó adoptar el modelo de vida de las sociedades de Francia y de Estados Unidos. La reglamentación del

artículo tercero de la constitución mexicana fue motivada por una lucha de mercado en el servicio profesional. La creación del médico como profesional fundamental de la salud no fue lo estrictamente científicista, pues estaba cruzada por la moral religiosa y el pensamiento romántico. El modelo médico no pudo solucionar las demandas existenciales de la población, su visión fragmentaria no era suficiente para abordar las problemáticas emocionales y espirituales de las personas. En fin, el carácter científicista dado a la salud no contribuyó en nada para garantizar una verdadera calidad en la salud y en la vida de la población de la Ciudad de México de los años de 1880 a 1899.

3. En la segunda parte del trabajo se investigaron las políticas sanitarias, la falta de cumplimiento de las leyes sanitarias, el mal desempeño de las autoridades sanitarias, el papel de la ciencia indígena y sus métodos de curación en la población, y la perspectiva de la ciencia médica hacia el nuevo siglo: 1900.

Las políticas sanitarias no se reflejaban en el 90 % de la población. Los léperos como se les llamaba a la gente pobre estaban olvidados por las autoridades sanitarias; los pobres vivían en un ambiente pésimo, sus habitaciones eran mal sanas, eran húmedas, sin ventanas, entre calles de tierra donde los desechos orgánicos y la basura los exponía a terribles enfermedades. El código sanitario brillaba por su ausencia, la gente de escasos recursos estaba expuesta al abuso de los dueños de los establecimientos de farmacias y boticas, a la adulteración de las bebidas y las sustancias alimenticias. Y por si esto fuera poco, los pobres dejaban sus vidas en los talleres, fábricas y minas, y había quienes de por vida se esclavizaban en las haciendas. La alimentación para la gente pobre se basaba en tortilla y chile, y en el consumo de bebidas alcohólicas, en especial de aguardiente y pulque. Ganaban escasos salarios que sólo les alcanzaban para mal comer, siempre estaban mugrosos, con el cabello largo y con un pedazo de manta para vestirse. Además no contaban con educación, no sabían leer ni escribir. La existencia de la gente pobres llegó a ser considerada como una enfermedad a erradicar

El incumplimiento de las leyes sanitarias contribuía en el brote de las epidemias entre la población de escasos recursos. El azote de las epidemias de la influenza, el tifo, la tuberculosis, el cólera y la viruela, ocasionaban verdaderos estragos en la población, y aunque las autoridades no se cansaban de exhortar a las mayores precauciones, el resultado era abrumador e irreparable. Aún y la creación de nuevas leyes era ridículas y hasta torpes, llegando a tal grado de proponer el derive de todas las casas que estuvieran en pésimas

condiciones de ser habitadas, lo que habría llevado a la demolición de todas las casas de la Ciudad de México. No había un futuro prometedor para la población de la Ciudad, ni siquiera para el 10% que contaba con los recursos económicos, pues el dinero sólo les garantizaba morir con nuevas y dolorosas patologías.

La creación del Consejo de Salubridad para encargarse del cumplimiento de las leyes sanitarias fue una leve esperanza que desapareció rápidamente. Los encargados de los puestos directivos que constituían el Consejo de Salubridad se dedicaban a otra cosa menos a realizar su función dentro de esta institución. Los reclamos hacia el Consejo de Salubridad eran variados y enérgicos; la higiene de la Capital estaba igual: teatros, parques, calles y casa continuaban impregnadas de basura, desechos fecales, olores pestilentes y sabores desagradables. Las sustancias alimenticias, los medicamentos y las bebidas alcohólicas seguían adulterándose. Las personas que integraban el Consejo de Salubridad nunca estaban en horas de trabajo, y por lo tanto la aplicación del Código Sanitario era nulo. La población de la Capital estaba a expensas de la enfermedad, el hambre, la corrupción y la muerte.

El problema estaba en la forma científica de ver la salud de la cultura occidental. La concepción de la salud en la ciencia indígena era completamente diferente, la salud estaba relacionada con la armonía para con la naturaleza. La salud se basaba en su alimentación con semillas, verduras y frutas, en su religión con dioses nacidos de la naturaleza, en la descendencia de su sangre guerrera, y en sus remedios empíricos de curación con plantas, piedras, animales y rituales. Al ser excluida la ciencia indígena de la cultura de la sociedad de la Ciudad de México, se obstruyeron alternativas para realmente tener una calidad en la salud de la población no sólo en la Capital, sino en el país entero.

Con estas condiciones el futuro de la ciencia médica para el S. XX, pintaba con buenos augurios, no así la salud de la población. El monopolio sanitario de la Ciudad se mostraba orgulloso y no se cansaba de crear comisiones que debieron trabajar en la preservación de la salud en la población. Se difundía información sobre el trabajo realizado por el Consejo de Salubridad a través de boletines hacia la población, pero no se tomaba en cuenta que el 90% de la población a la cual era dirigida no sabía leer ni escribir. Se realizaban congresos en donde las diferentes disciplinas relacionadas a la salud informaban sus avances alcanzados dentro de su campo de estudio. Además el orgulloso monopolio sanitario se mostraba feliz y satisfecho por haber sido incluido dentro de la Sociedad Americana de Salubridad, gracias a

su esfuerzo y dedicación las ciencias sanitarias habían alcanzado el reconocimiento de organizaciones extranjeras, aunque el precio a pagar era un incremento en el número de mortandad, una Capital en mal higiene, y una población sin calidad en su salud ni en su vida.

El segundo capítulo nos permite concluir que la realidad sanitaria de la población en la Ciudad de México de las dos últimas décadas del S. XIX era completamente diferente a las que mostraban las autoridades sanitarias. Las políticas sanitarias eran injustas, desiguales y excluyentes, dejando al borde de enfermedades y muerte a la población pobre. La falta de cumplimiento de las leyes sanitarias permitía abusos en el servicio profesional de los científicos sanitarios; al no terminar con las adulteraciones en las sustancias alimenticias, los medicamentos y las bebidas alcohólicas contribuían a deteriorar la salud de la población. Además la creación del Consejo de Salubridad era el órgano perfecto donde el monopolio sanitario ejercía y protegía su estatus, importándole solamente el reconocimiento de organismos extranjeros, mientras la salud de la población de la Ciudad de México seguía careciendo de calidad, de respeto y de compasión.

4. Finalmente se puede concluir a nivel general que la problemática del sistema sanitario en los años de 1880 a 1899 tiene su origen en el modelo biologista de la salud, pues a partir de dicho modelo se desprenden los métodos de curación, se planifica la formación que deben tener los encargados del servicio y quienes deben ser ellos, se crean políticas sanitarias que garanticen la salud en la población, se legislan leyes sanitarias para castigar cualquier tipo de abuso que ponga en riesgo la salud de los habitantes, y se establecen las autoridades encargadas de aplicar las penas correspondientes y vigilar el cumplimiento de las leyes.

5. La visión científicista de los años de 1880 a 1899 continua infiltrada en el ADN de la sociedad contemporánea de la Ciudad de México. Las condiciones sanitarias no han cambiado del todo. Es cierto que el nivel promedio de vida se elevó a 62 años, la investigación científica da alentadores resultados para la conservación de la salud, y las campañas de higiene y prevención de enfermedades se difunden a lo largo de todo el país. Pero hoy todavía la salud se ha encarecido, los profesionales sanitarios cuidan a toda costa su poder monopólico, la atención en el servicio sanitario sobresale por sus continuas reclamaciones y quejas, el consumo irracional de los medicamentos está matando más personas que las enfermedades en sí, y la aparición de nuevas patologías dejan más preguntas que respuestas ante la complejidad de sus características que han barrido con el modelo

biologista de la ciencia médica.

Hoy día parece no haber mañana para los miles de ciudadanos de esta Capital cubiertos por una nube de gases tóxicos, viviendo entre la basura y aguas negras, bebiendo agua “purificada” en botellas y garrafrones, comiendo alimentos altamente refinados y ricos en proteína animal y grasas poli-saturadas; viviendo con una enajenación hacia el trabajo, desarrollando en sus cuerpos alguna enfermedad degenerativa, viciados por un pasivo sonambulismo en prolongado letargo, extinguiendo su flama con un agujero negro en su interior, y con una moral católica que castiga el cuerpo.

La religión católica ha caído en algunas manos que utilizan sus preceptos espirituales en contra del verdadero creyente, abusando de la fe que las personas ponen en Dios. Algunas personas abusan de la fe espiritual, aprovechándose del prójimo para infundirle miedo y culpa hacia sí misma, profesándoles la paz eterna alcanzada gracias a la flagelación, el martirio y al castigo corporal y emocional. No ponen en practica la doctrina cristiana de amor, perdón y compasión, sino que realizan todo lo contrario, evitan el desarrollo espiritual de las personas que han entregado su fe en Dios, creando una moral que actúa directamente sobre el cuerpo.

Hacen ver al cuerpo como algo sucio y prohibido, la fuente de la perdición y el pecado, no dejan que las personas conozcan su cuerpo; no los dejan tocarse, verse, olerse, saborearse, escucharse, ni sentir su cuerpo. Por eso obligan a las personas a vestirlo, ocultarlo y confinarlo hacia una intimidad avergonzada. Esto puede desatar en las personas distintas emociones que alteran su salud, como miedo, culpa o ansiedad. Al momento de tener un contacto con el cuerpo del otro sexo, el morbo por conocerlo se desata quedando seducido el placer; pero pasa todo lo contrario con el propio cuerpo o con el cuerpo del mismo sexo, las emociones para ellos son de miedo y culpa. No puedes sentir tu cuerpo porque eso sucio y malo, ni tampoco tener contacto con un cuerpo del mismo sexo, pues ello es señal de homosexualidad.

El cuerpo es parte de nuestra vida, a través de él vivimos las emociones, amamos, respetamos, somos compasivos, y desarrollamos la fe hacia Dios. Algunas personas no han entendido que el cuerpo es la vía por la cual el espíritu convive en este mundo, al avergonzarse, ocultarse y privarse de la vida emocional, el espíritu es encerrado y olvidado, sometiéndolo a un sufrimiento inhumano. Además existen personas que se hacen llamar católicas, que son intolerantes hacia otras formas de depositar la fe, trátase de otro tipo de

religiones o filosofías; imponiendo la religión católica como único medio posible para alcanzar la gloria. Se olvidan que el verdadero católico ora en su casa y no necesita de Iglesias para estar con Dios, pues siempre lo lleva dentro de su corazón.

Debido a las personas que se aprovechan de la fe de sus prójimos, los creyentes de la religión católica se han visto en la necesidad de abandonar sus creencias, llevando consigo un mal concepto de Dios; pero a pesar de esto, aún hay personas que no han abandonado su fe en Dios, estas gentes que se persignan y dan gracias por estar un día más con vida, llevan en su corazón el amor, la bondad y la compasión que les enseñó Jesús, y si sólo se pudiera desechar la moral que los aparta de su cuerpo, habría un poco más de calidad en sus vidas.

Por ello es importante ahondar más detalladamente en qué manera el falso catolicismo interviene en el proceso personal, cómo se le interioriza y apropia, y cómo ello se refleja en el desarrollo corporal, emocional y espiritual.

Hoy día sabemos que la creación de una cultura de la donación de órganos sólo sirve para estirar un poco más el fino hilo de una vida sin calidad. Sabemos que la salud esta relacionada con muchas cosas, como la religión, la moral, la falta de una identidad nacional, la ausencia de calidad en la vida, la carencia de nutrientes en la alimentación, el repudio por la sangre azteca, el anhelo de apropiarse por la vieja cultura occidental, unas emociones mal vividas, y un espíritu exiliado del cuerpo.

La sociedad capitalina del nuevo milenio sigue poniendo los ojos en las naciones de primer mundo, copiando sus estilos de vida y sus conocimientos científicos; se ve la necesidad de crear un nacionalismo para tener y sentir orgullo por ser mexicanos, pero sin tomar en cuenta la raíz indígena; el número de personas que viven en pobreza extrema no baja de 60 millones, si el dato es verdadero; la vida cotidiana en las calles se ve matizada con un índice elevado en el número de asaltos, homicidios y delitos de otra índole, registrándose más de 1000 delitos diarios; la cifra de mortandad es mayor, la primera causa de mortalidad entre la población de 18 a 35 años es la enfermedad del VIH/ SIDA, sin contar con los decesos no registrados en las actas de defunción; la alimentación en la mayor parte de los ciudadanos de la Ciudad es deficiente, sólo hay tiempo para unos tacos en la calle, y los alimentos refinados de preparación y consumo rápido que sólo llenan el estomago, pero no nutren el organismo; se siguen exterminando a los grupos étnicos, sometiénolas a condiciones pésimas de vida, sin educación, salud, ni comida, originando la dispersión y aislamiento de sus asentamientos; las

personas continúan sin compartir sus vidas, sino que las imponen, no aman, ni se respetan, crean relaciones de poder, de posesión y de apego, no disfrutan una sonrisa ni una lágrima, no concluyen cosas y siempre cargan con ellas, y sobre todo no escuchan el alarido del espíritu olvidado en los vestigios de sus vidas.

Además se ha entrado a una etapa de mayor especialización en el conocimiento científico, en donde disciplinas como la psicología, han continuado con el proceso de fragmentación y reensamblamiento de las partes del hombre, pero ahora aplicado en el terreno de la subjetividad humana.

Todo esto se ha sentido desoladamente en la actual crisis de valores del mundo occidental, donde la vida corporal, emocional y espiritual más que nunca busca, por lo menos, una raquítica hebra de donde asirse para evitar colapsarse, construyendo complejas formas de relación para con la vida, para con los otros y para consigo mismo, condiciones de vida que necesitan una lectura diferente, vistas con ojos de paz.

Por eso debe desecharse completamente la visión de la vida de la física clásica. Una visión carente de actitud y responsabilidad ante la vida. En la visión de la física clásica el hombre tiene el papel de testigo, un simple espectador, manteniéndose apartado de sí, de los otros, de la naturaleza, del universo, y de la vida misma, viéndola transitar sin relación alguna con ella, pues todo estaba determinado por la ley de la causa y el efecto, todo estaba determinado y sólo se debía descubrir cómo funcionaba el mecanismo de la vida. Ésta visión mecanicista y fría hace que el hombre se sujete a una pésima calidad de vida, condicionada ya sea a su clase social, su posición económica, su nivel educativo, su descendencia racial, el poder divino, o su destino. No se desarrolla su capacidad de elegir y hacerse responsable de sus decisiones, de planear y construir la vida; lo malo y lo bueno, lo saludable y lo enfermo siempre es esperado por algo externo a ellos, la vida tiene un toque pasivo, receptivo y dependiente, nada de lo que haga tendrá relevancia para con su vida, era como si el hombre vivieran sin vivir. La vida no se construye, esta determinada.

En el naciente milenio, la añeja tradición de la física clásica se ve borrada por una física moderna que le falta al respeto; al regresar 5000 años atrás, con la teoría de la relatividad general que resultó buena para predecir los sucesos del universo a gran escala y la mecánica cuántica que se convirtió en una buena opción para teorizar los sucesos a escalas pequeñas, claro todo ello, hasta los límites que señala el principio de incertidumbre; la ciencia se vuelve

subjetiva y mística, para reorientar la concepción del mundo en un afán por comprender el pensamiento de Dios. Los descubrimientos de las antipartículas, la nueva dimensión de tiempo-espacio, la desmaterialización de la materia, la equiparidad de onda-partícula, la concepción de un universo autocontenido sin fronteras, y la inexistencia de un tiempo lineal, se encaminan hacia una teoría unificada que comprenda al universo como un todo. En donde el hombre deja de ser un ser aislado y sin relación alguna, para encontrarse inmerso en un universo en constante devenir, interrelacionado y regido por una voluntad probabilística.

Esta ajuste de coordenadas mueve todos los cimientos filosóficos, morales, religiosos, espirituales, emocionales, corporales y culturales del hombre, destruye la ilusoria realidad de la ciencia puramente objetiva y da paso a una ciencia del espíritu, donde la vieja separación del cuerpo y la mente se muestra como el más grave error en la historia de la ciencia. En donde los conceptos de vida y muerte se ven en una necesidad de ser revalorados para su comprensión, y la salud y la enfermedad dejan de ser fenómenos estáticos por separado, para convertirse en procesos involucrados entre sí.

Estos vientos de cambio siguen chocando con la ceguera racional de la tradición clásica, la eminente ciencia no puede admitir explicaciones místicas encarnadas en un lenguaje poético y paradójico. Lenguaje encontrado en filosofías ancestrales del oriente, en donde la salud es concebida como un proceso que se construye.

Entendida la salud como proceso constructivo y con una lógica más integral, se puede partir de una concientización hacia las mismas personas, terminando con ese pensamiento insípido y frío acerca del vivir, transmutándolo en uno orientado hacia la construcción de diversos proyectos de vida, donde el mismo sujeto tenga la decisión y responsabilidad de construirlos. Enseñándole que la vida no puede ser vivida de igual manera, que cada uno de nosotros puede construir su propia forma de vivir y que ésta tendrá su peculiar muerte. Basada en una alimentación nutritiva, sin exceso de productos altamente refinados, proteínas de origen animal y grasas poli-saturadas; en unas emociones bien vividas, sin odios, rencores, frustraciones, apegos, desapegos, posesiones, depresiones, tristezas o alegrías desmedidas, envidias, venganzas, egos, intolerancias, placeres seducidos, miedos, temores, soledades o desamores; y sobre todo en una espiritualidad libre, creciente, armoniosa y pacífica, unida con el cosmos.

Bajo la visión integral de la salud, por ejemplo, se puede entender el nacimiento de un

cáncer como una alteración en la información contenida en los códigos genéticos, relacionado a una combinación de odios, a una dieta rica en proteína animal, al abuso irracional en el consumo de medicamentos, al sistema de competencia de esta sociedad, a la enajenación del trabajo, al ambiente donde se vive, al clima, a la contaminación del aire, a los malos olores y sabores del ambiente, del agua, del sonido, a la calidad del sistema inmunológico, a la herencia genética de los padres, a la falta de un proyecto de vida, y a las nuevas formas de relación para con la vida.

Hoy día, la ciencia clásica ha entrado en un colapso gravitatorio, sus esquemas epistemológicos, teóricos y metodológicos se han vistos humillados por carecer de significado y verse rebasados en definición. La medicina, la psicología y las disciplinas involucradas en el área de la salud, tienen una dura elección por delante, abandonar sus estatus y avanzar junto con la física moderna hacia una comunión del universo o dejar a sus egos el deterioro en la calidad de vida de la población a la cual venden sus servicios.

En este sentido el papel profesional del psicólogo dentro de la salud necesita redefinirse, pues al basarse en el mismo modelo cientificista mecánico y fragmentario de la vida, tiene las mismas limitaciones que los médicos, esto quizás sea más grave por tratarse de la vida subjetiva del hombre. Los psicólogos nos encargamos de los pedazos del cuerpo que los médicos y psiquiatras nos dejan, y no satisfecho con ello, nos repartimos el pequeño pedazo subjetivo más finamente, sin saber el error al que estamos sometiendo nuestras vidas y las de los otros.

Los egresados de la carrera de psicología bajo esta visión de la vida, difícilmente podemos realizar nuestro trabajo, no podemos sujetar la vida de las personas a modelos teóricos caducos, que además no se ajustan a las condiciones de vida de nuestra sociedad, y que ni siquiera pueden aplicarse a estilos de vida diferentes. Si esto no fuera cierto, la vida hoy día no se encontraría ante la actual crisis de valores, crisis que nos ha alcanzado, haciendo que varios psicólogos busquemos otras formas de ver la vida.

Basándonos en lecturas diferentes de la vida, nuestros ojos han dejado de buscar las respuestas en lo externo para escudriñar en nuestro propio interior, reconciliándonos con nosotros mismos por tanto dolor, culpa, sufrimiento, temor, rencor, desamor, tristeza, frustración, olvido y abandono. Los psicólogos nos vemos en la necesidad de comprometernos con nuestras vidas, para poder enfrentar las complejas patologías corporales

emocionales y espirituales; si los psicólogos no podemos ver a través de nuestras vidas, nos resultará imposible guiar a quienes soliciten nuestros servicios, si no es así, caeremos en el fatal error de seguir jugando en un mundo de imágenes, entre lo que quieren que seamos, lo que creemos ser, lo que pensamos ser, lo que queremos ser y lo que somos.

Los psicólogos no debemos seguir volando en dirección contraria al viento, nuestra función es acortar el camino a los otros, enseñarles el oficio de vivir, de construir una actitud ante la vida, una reconciliación con ella, respetándola, y amándola, con humildad y tolerancia, sin abusar del poder que nos da ante los ojos de los demás un papel; un supuesto saber, usado para la explotación, la humillación, la descalificación, la intolerancia, la seducción, el martirio, la exclusión, el abuso, el maltrato, la avaricia, la ambición y la muerte del otro.

Los psicólogos debemos, aunque sea por un segundo, ver a través de nuestras vidas, enfrentarnos a nuestro propio proceso personal, cómo lo hemos construido, las cosas pendientes que no hemos concluido, las cosas que no hemos perdonado, y las cosas que seguimos cargando, todo aquello que no nos permite reconciliarnos con la vida y enamorarnos de ella.

Durante la carrera nadie nos enseña el oficio de vivir, y éste debería ser la meta de nuestra formación, pero al concluir nuestros estudios seguimos más perdidos que antes, y no somos capaces de ver la vida del otro. Por eso no toleramos la opinión de psicólogos que siguen una teoría psicológica diferente, no aceptamos sus críticas, nos peleamos con ellos y siempre estamos tratando de desprestigiarlos; no sabemos a qué se debe cuando nos topamos con una persona desconocida y ella desata en nosotros una tristeza, un enojo, una envidia, una frustración, una intolerancia, un recuerdo, una pasión, o un suspiro, y nos vemos en la necesidad de descalificarlo, esperando un sólo error suyo para echárselo en cara, y en caso de ser un paciente lo atendemos lo más fríamente posible o le negamos nuestro servicio.

Ello no sólo pone entre la espada y la pared a los médicos y psicólogos, sino en todo aquel profesional dedicado a la salud, biólogos, fisiólogos, anatomistas, psiquiatras, químicos farmacéuticos, enfermeros, físicos clásicos, acupuntores técnicos, hueseros, yerberos o curanderos, pues el profesional sanitario y su método no es tan importante, mientras el camino sea el mismo, habrá varias formas de andarlo.

La ciencia sólo es una forma de concebir la vida, es solamente una opción por comprenderla, creando un lenguaje particular para hacerla entendible, capaz de cometer

errores y sin ninguna noción de objetividad. Con ello se abre una gama de posibilidades para los profesionales de la salud, si ellos reconocen que su visión de la salud y de la enfermedad no es absoluta, sino que depende de su manera peculiar de concebirla y de vivirla, donde una misma problemática puede ser comprendida desde muchos puntos de vista, teniendo para ello un sin fin de opciones por dar a elegir a los solicitantes de su servicio.

Cuidando de no caer en el juego de una técnica fría, sino entrar en comunión con el otro, no verse como objetos interactuando, sino como procesos relacionados, curándose unos a otros, hacer consciente al otro, no sólo de su enfermedad, sino también de que él tiene bajo su responsabilidad su forma de vivir y su propia salud, su forma de morir y su propia enfermedad.

Hace 5000 años se sabía lo que hoy día la ciencia sabe, que la vida es algo que se construye en un eterno devenir, y al igual que en las partículas no se puede predecir el camino específico a seguir y tan sólo se puede calcular los posibles caminos a recorrer, el hombre puede elegir entre un número de posibilidades ante sus ojos y si es necesario, crear una opción más. Pues la salud refleja la forma de apropiarse de la vida, de disfrutar el mundo, de saborear los alimentos, de relacionarse con sí mismo y con los otros, el respeto hacia la naturaleza, la humildad ante el cosmos, el amor para con la vida. La salud vivida como una actitud ante la vida.

BIBLIOGRAFIA

- Calderón de la Barca, M. (1981). *La vida en México*. Porrúa. México.
- De la Cruz, M. (1991). *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*. Fondo de Cultura Económica / Instituto del Seguro Social. México.
- Dossey, L. (1986). *Tiempo, Espacio y Medicina*. Kairos. Barcelona.
- Gamboa, F. (1979). *Santa*. Grijalbo. México.
- García Cubas, A. (1946). *El Libro de mis recuerdos*. Secretaria de Educación Pública. Biblioteca Enciclopédica Popular. México.
- González Obregón, L. (1996). *Las calles de México*. Porrúa. México.
- González Navarro, M. (1957). *Historia Moderna de México. La vida social*. Hermes. México.
- González Navarro, M. (1985). *La pobreza en México*. El Colegio de México. Mexico.
- González Navarro, M. (1994). *Sociedad y Cultura en el porfiriato*. CONACULTA. México.
- Hawking, Stephen W. (1992). *Historia del tiempo*. Planeta - De Agostini. Barcelona.
- López Sánchez, O. (1998). *Enfermas, Mentirosas y Temperamentales*. CEAPAC / Plaza y Valdés. México.
- López Ramos, S. (2000). *El Zen y las pasiones*. Plaza y Valdés. México.
- López Ramos, S. (Coordinador). (1995). *Historia de la Psicología en México*. CEAPAC. México.
- Novelo, V. y López Ramos, S. (Coordinadores). (2000). *Etnografía de la vida cotidiana*. Porrúa. México.
- Villanave, Y. (1947). *Los Mexicanos Pintados pos si Mismos*. Secretaria de Educación Pública. Biblioteca Enciclopédica Popular. México.
- Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen. (1974). *La Ciudad de México en el siglo XIX*. Colección Popular. México.

HEMEROGRAFIA

- Jarabe de Labelonye en *El Boletín de Noticias*. No.1, 15 de julio de 1866.
- Los farmacéuticos en *La Iberia*. 4 de agosto de 1874.
- Oposición a las plazas del servicio médico. Boletín del Monitor en *El Monitor Republicano*. México, viernes 9 de marzo de 1877.
- Charla de los domingos en *El Monitor Republicano*. No.25. 7 de septiembre de 1879.
- La libertad de profesiones en la cámara de diputados en *La Republica*. Año 1. México, viernes 10 de diciembre de 1880.
- Cigarros Indio en *El Ciudadano*. No. 5. 8 de febrero de 1882.
- El pulque en *El Diario del Hogar*. No.114. 14 de febrero de 1882.
- Crónica del día en *El Diario del Hogar*. No.114. 14 de febrero de 1882.
- Al Consejo Superior de Salubridad en *El Grito de la verdad*. 14 de febrero de 1885.
- Salubridad Pública en *El Nacional*. 17 de marzo de 1887. No. 214.
- Higiene en *La Guía del Viajero*. 7 de septiembre de 1887.
- Salubridad y Acciones Municipales en *El Municipio Libre*. No.17. 4 de febrero de 1888.
- Juvenal. Charla de los domingos en *El Monitor Republicano*. 2 de diciembre de 1888. No. 289.
- Boticas y Droguerías en *El Avisador Comercial*. 1989.
- La influenza. Informe del Consejo de Salubridad en *El Ferrocarrilero*. No.15. 15 de febrero de 1890.
- La influenza. Informe del Consejo de Salubridad. (Concluye) en *El Ferrocarrilero*. 17 de febrero de 1890.
- Diario de Política, Literatura, Comercio y Anuncios en *El Partido Liberal*. Tomo IX. México, jueves 13 de marzo de 1890.
- La cuestión de higiene en *El Nacional*. 16 de marzo de 1892. No. 213.
- Sustancias Medicinales en *El Municipio Libre*. No. 86.10 de abril de 1892.
- Médicos Inspectores Sanitarios en *El Municipio Libre*. No. 90.17 de abril de 1892.
- La insalubridad en México en *El Municipio Libre*. No.139. 15 de junio de 1892.
- El Consejo de Salubridad en *El Municipio Libre*. No.134. 9 de junio de 1892.

- La insalubridad en México en *El Municipio Libre*. No.141. 17 de junio de 1892.
- Sociedades científicas. Sociedad de Ingenieros y Arquitectos en *El Nacional*. 1° de febrero de 1893.
- Bases para el Segundo Congreso Médico Mexicano en *El Monitor Republicano*. 1894.
- El Consejo de Salubridad en *El Demócrata*. No.113. 20 de febrero de 1895.
- Conveniencia de que se reglamente el artículo 3° de la constitución, en lo que se refiere a la profesión médica. El Concurso Científico. 1895.
- Higiene Pública y Privada en *El Municipio Libre*. 8 de julio de 1896. No. 158.
- Trabajos ejecutados por El Consejo Superior de Salubridad en *El Municipio Libre*. No.210. 6 de septiembre de 1896.
- Congreso de Higienistas en *El Municipio Libre*. 4 de octubre de 1896. No. 233. p. 2-3
- La Higiene en las Escuelas en *El Municipio Libre*. 27 de octubre de 1896. No. 256.
- La Salubridad en México en *El Municipio Libre*. 3 de febrero de 1897. No. 29